



Fondo de Mujeres del Sur

Una historia de movilización de
recursos y organización



ÍNDICE

PALABRAS DE BIENVENIDA

4

ESTA HISTORIA DEBÍA SER CONTADA

Prólogo, por Liliana Hendel.

7

FILANTROPÍA PARA UN FEMINISMO POPULAR EN AMÉRICA LATINA

Entrevista a Mabel Busaniche, fundadora y presidenta del Consejo Directivo del Fondo de Mujeres del Sur por Sonia Tessa.

13

«TUVE QUE DESMONTAR CIERTOS PREJUICIOS QUE TENEMOS LAS MUJERES Y LA MILITANCIA CON EL DINERO»

Entrevista a Estela Díaz, fundadora y consejera honorífica del Fondo de Mujeres del Sur por Mariana Carbajal.

22

«SOMOS SOLIDARIAS Y NOS AYUDAMOS ENTRE NOSOTRAS»

Entrevista a Susana Chiarotti, fundadora del Fondo de Mujeres del Sur por María Eugenia Ludueña.

32

«CONSTRUIR MÁS MOVIMIENTO, MÁS UNIDAD, MÁS MOVILIZACIÓN»

Entrevista a Marta Alanis, fundadora del Fondo de Mujeres del Sur por María Florencia Alcaraz.

41

«LA FORTALEZA DEL MOVIMIENTO FEMINISTA ES SU DIVERSIDAD»

Entrevista a Mariela Puga, directora ejecutiva del Fondo de Mujeres del Sur (2010-2016) por Laura Leonelli Morey.

50

«HAY QUE ALENTAR A OTRAS»

Entrevista a Carmen Beramendi, consejera del Fondo de Mujeres del Sur por Azul Cordo.

63

«PUDE VER LA RELACIÓN DE LAS MUJERES CON EL TERRITORIO»

Entrevista a Ana Falú, consejera del Fondo de Mujeres del Sur por Laura Giubergia.

72

«SOLO LA ACCIÓN PLANIFICADA Y ORGANIZADA DE LAS MUJERES FAVORECE- RÁ EL AVANCE DE GÉNERO»

Entrevista a Carmen Colazo, consejera del Fondo de Mujeres del Sur por Noelia Díaz Esquivel.

82

«CUANDO VES LO QUE POSIBILITA EL DINERO EN TERRENO, EL ESFUERZO POR CONSEGUIRLO VALE LA PENA»

Entrevista a Luz Aquilante, directora ejecutiva del Fondo de Mujeres del Sur por Natalia Ferreyra.

91

EL ESPEJO DE LA TRAMA

Reportaje fotográfico por Natalia Roca

99

ISBN 978-987-47858-1-7

Fondo de Mujeres del Sur: una historia de movilización de recursos y organización.

Coordinación editorial: Soledad Soler y Eloísa Oliva

Producción periodística: Soledad Soler

Edición general y corrección: Lisa Daveloza

Edición y gestión de fotografía: Natalia Roca

Diseño y maquetación: Carolina Camisassa

Ilustración en tapa: Carolina Camisassa

Reportaje fotográfico: Natalia Roca

Periodistas: Sonia Tessa, Mariana Carbajal, María Eugenia Ludueña, Florencia Alcaraz, Laura Leonelli Morey, Azul Cordo, Laura Giubergia, Noelia Díaz Esquivel, Natalia Ferreyra.

Fotógrafas: Lucía Prieto (Liliana Hendel), Paula Di Carlo (Estela Díaz), Celina Mutti Lovera (Susana Chiarotti), Natalia Roca (Mabel Busaniche, Estela Díaz, Mariela Puga, Ana Falú, Carmen Beramendi, Carmen Colazo, Luz Aquilante).



Este libro adopta la licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual (CC BY-SA) que permite descargar, compartir, remezclar, retocar, y crear a partir de esta obra, incluso con fines comerciales, siempre y cuando den crédito y licencien sus nuevas creaciones bajo las mismas condiciones.

PALABRAS DE BIENVENIDA

Pasó mucho tiempo desde que surgió la idea de hacer este libro hasta hoy. Fue un tiempo agitado para los feminismos en América Latina: gran y plural espacio al que pertenecemos. En el día a día, en las turbulencias del presente histórico, fuimos hilvanando este proyecto.

La propuesta de recuperar la historia reciente del Fondo de Mujeres del Sur (FMS) fue de Liliana Hendel, psicóloga, periodista y consejera del FMS. Ella, en el prólogo, resume el arco narrativo que nos atraviesa como feministas y como organización: ese que une la historia personal a la colectiva; ese movimiento que, frente al espejo, convierte lo íntimo en político.

La primera pregunta que nos hicimos fue cómo contar la historia del FMS y, en ella, la de quienes la forjaron. Mujeres que atravesaron ese pasaje de lo personal a lo político, y también el desplazamiento que va de las militancias partidarias, sindicales, sociales, a las militancias feministas.

La respuesta surgió sin dificultad: colectivamente. Convocamos entonces a periodistas feministas de distintos lugares de Argentina, Paraguay y Uruguay. A fotógrafas, editoras, diseñadoras. Y así hicimos este libro, entre muchas, a los saltos, atravesadas por la contingencia, desde el surgimiento de la marea verde hasta el escenario actual de crisis causada por la pandemia del covid-19.

El contexto que atravesamos nos llevó a encontrar en las voces de las entrevistadas algunas respuestas para la segunda pregunta que nos hicimos: por qué contar esta historia, por qué es tan importante que los recursos lleguen a las organizaciones de

mujeres y personas LGBTIQ+, por qué el acceso y la administración del dinero es un asunto central para los feminismos actuales e históricos.

El Fondo de Mujeres del Sur, como expresa su presentación institucional, nació en 2007 con la misión de conseguir fondos para los movimientos de mujeres, de la mano de feministas de reconocida trayectoria. Ellas son quienes hablan en estas páginas: Mabel Busaniche, Estela Díaz, Susana Chiarotti y Marta Alanis, fundadoras del FMS. Carmen Colazo, Carmen Beramendi, Ana Falú y Liliana Hendel se fueron sumando a lo largo de los años. Por el Consejo Directivo del FMS pasaron otras voces que no están aquí, pero a quienes es necesario evocar: resuena la de Lohana Berkins, también la de Cecilia Canevari. Mientras se editaba este libro, Alicia Soldevila se integró al Consejo. Y así seguirán sumándose, en un futuro para nada lejano, voces feministas y plurales.

En el día a día del FMS, el rol del equipo ejecutivo es insoslayable: implementa los programas, acompaña a las organizaciones, negocia los recursos, empuja la gestión y la comunicación. Por eso están también las voces de las directoras. Mariela Puga tomó la posta de la gestión luego de la primera de ellas, Silvia Borselino. Le siguió Luz Aquilante, quien hasta el día de hoy continúa como directora ejecutiva en el marco de una innovación institucional: la dirección colegiada.

Hay que agregar que la historia de una organización como esta es la de la transformación permanente, porque pertenece a la historia de los feminismos y los movimientos. No sabemos si, apenas terminemos de editar los últimos detalles, cerradas las últimas pruebas de galera, este libro será un reflejo del presente. En cualquier caso, sabemos que será un testimonio valioso y, a la vez, una mirada al futuro. Porque confiamos en nuestras voces, que están vivas y seguirán estándolo. Por eso esta historia no termina, sino que seguirá escribiéndose.

Editoras y equipo del Fondo de Mujeres del Sur



LILIANA HENDEL, VOCAL DEL CONSEJO DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

PRÓLOGO

ESTA HISTORIA DEBÍA SER CONTADA

POR LILIANA HENDEL

Prologar un libro siendo parte del grupo de mujeres cuyas historias se comparten en esta publicación exige de mí un doble desafío: contar quién soy y, al mismo tiempo, contar el porqué de este texto. La historia individual y la formación personal marcan el modo en el que cada quien mira la realidad, enfrenta los obstáculos y jerarquiza los objetivos. La heterogeneidad, una vez más, es aquí garantía de mayor riqueza y exigencia a la hora de cumplir con los compromisos del Fondo de Mujeres del Sur.

Soy psicóloga y periodista, dos ejercicios profesionales que toman la palabra como su instrumento. Soy activista, definición que me encanta. Mi feminismo se nutre de lo que leo, lo que estudio y aprendo, pero también de la calle, las marchas, las protestas y las historias en primera persona, esas que llegaban al consultorio como enigmas buscando respuestas y, más tarde, eran voces de mujeres que, hartas de ser silenciadas, me encontraba en los canales de TV o en las radios. En todos los casos, voces buscando salir del laberinto que produce el dolor.

En cualquier escenario, un enigma que busca respuestas. ¿Por qué me pasa esto? ¿Por qué mi cuerpo no me pertenece? ¿Por qué temo? ¿Por qué me avergüenzo? Parecen preguntas pero son enigmas; parecen individuales pero, por fin, son colectivas.

Mis propias dudas en el espejo deformado de las maternidades, en mi caso deseadas y buscadas, me interpelaron hace muchos años con aquello que familia y sociedad esperaban de mí, sin darme respiro para que pudiera preguntarle a ese mismo espejo: ¿qué quiero de mí?, ¿quién espero ser?

Los feminismos, la calle, la academia, las maestras generosas y la portación del micrófono me llevaron de la mano a ese lugar donde las preguntas son reclamo y las vergüenzas, alegrías. Los feminismos me abrazaron y me abracé a ellos tejiendo cadenas solidarias que enhebran un *continuum*, que no se detiene. Es sin retorno. Es por elección, por vocación y por placer que nos quedamos y nos reivindicamos feministas.

Mi llegada al Fondo de Mujeres del Sur es casi un premio por insistir en las demandas demoradas. La propuesta de ser parte llegó de la mano de Estela Díaz, hermosa compañera de marchas y viajes militantes. La primera nota que le hice a Estela era sobre aborto, el tema prohibido. Hacíamos historia, hablábamos en medios masivos de aquello de lo que no se debía hablar. Como tantas cosas, para nosotras mujeres, la prohibición era implícita, incorporada como marca invisible en nuestra manera de entender los códigos laborales, en mi caso los del periodismo.



Eva Giberti, maestra de tantas de nosotras, nos enseñó que la pregunta es: ¿y por qué no?

El patriarcado deja su ADN y, siendo sus víctimas, somos sus voceras. Aprendemos y repetimos que es natural construir y privilegiar un mundo romántico, una idea del sexo solo por amor y la aceptación de las tareas de cuidado por desplazamiento biológico: si sos mujer, te toca sostener la unidad doméstica.

¿Cómo vamos a hablar de dinero? ¿Cómo vamos a cobrar por lo que hacemos? ¿Cómo vamos a ponerle honorarios a una charla o a una clase? Lo nuestro es por amor. Y el amor, ya sabemos, para ser historia exige heroicidades.

Sabía de la existencia del FMS por la querida Marta Alanis. La idea de pensar el dinero asociado a la agenda de géneros era un salto cualitativo.

Cuando mi participación se hizo efectiva y conocí mejor a estas mujeres, a las que hasta ese momento me unía la admiración pero no la intimidad, me dije que no debíamos dejar pasar la oportunidad de contar quiénes somos y qué es el Fondo de Mujeres del Sur para cada una de nosotras. Y por qué fue y es tan importante dejar de pensar en heroínas que hay que aplaudir –como quiere el mandato patriarcal– para pensar, en cambio, en facilitar el acceso a recursos a mujeres y grupos que lo requieren para su trabajo con proyectos colectivos.

Mujeres del Chaco Americano, que caminan hasta quince kilómetros para buscar agua y que defienden el derecho al ambiente, amenazado por los agrotóxicos y el extractivismo. Periodistas que producen otros sentidos comunes privilegiando otras informaciones y, tal vez por eso, no encuentran el soporte financiero. Disidencias e identidades diversas marginadas del mundo del trabajo, que piensan en cómo mejorar la vida de sus propias comunidades. El abanico de historias personales y proyectos crece tanto como el FMS.



Soy parte del Consejo, soy una consejera. No es la primera vez que soy portadora de este título honorario. Es, sí, la primera vez que soy consultada como consejera. Este equipo funciona porque cada quien cumple el rol que le fue asignado y que aceptó. La directora, Luz Aquilante, imparable, gestora y atenta ejecutora, se apoya en nosotras con humildad y compromiso. Con la mirada hacia afuera, allí donde están los recursos que habrá que administrar, y hacia adentro, donde hay un equipo con la camiseta puesta para trabajar, siempre pensando en cuánto mejoran estos fondos la capacidad de crecimiento o la calidad de vida de quienes los reciben.

Esta historia debía ser contada. Y sus hacedoras debían ser referencia para las muchas continuidades que el Fondo de Mujeres del Sur pueda tener. Como el tronco de raíces firmes que se permite crecer en brazos que también serán firmes.

Las mujeres carecemos de un lugar en la historia oficial. Cada una de nosotras, cada consejera, ha sido parte pionera de rituales iniciales que deben ser recuperados.

La historia no empieza cuando una llega. Una llega porque hay una historia. En este caso tiene nombres, apellidos, sueños y abrazos. Y lleva más de diez años.

Era solo nuestra historia. A partir de ahora, este texto la convierte en un eslabón más del hermoso entramado de los movimientos de mujeres e identidades diversas en nuestra región. Porque lo personal es político, es que somos responsables de escribir nuestra propia historia.



Liliana Hendel es psicóloga, periodista y activista feminista de Buenos Aires, Argentina. Tiene una larga trayectoria periodística y se ha especializado en comunicación con visión de género y niñez. Coordina la Red Internacional de Periodistas con Visión de Género en Argentina y la Red Internacional de Periodistas con Visión de Género de las Américas. Es secretaria de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidades de La Matanza (Provincia de Buenos Aires). Es vocal del Consejo del Fondo de Mujeres del Sur.



MABEL BUSANICHE, FUNDADORA Y PRESIDENTA DEL CONSEJO DIRECTIVO DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

MABEL BUSANICHE, FUNDADORA Y PRESIDENTA DEL CONSEJO DIRECTIVO DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

FILANTROPÍA PARA UN FEMINISMO POPULAR EN AMÉRICA LATINA

—
POR SONIA TESSA

«Amo demasiado al Fondo». Mabel Busaniche repite varias veces esa frase con relación al Fondo de Mujeres del Sur (FMS), proyecto que impulsó hace más de una década con Marta Alanis y otras cuatro compañeras feministas. Actual presidenta del Consejo Directivo, se imagina que, en el futuro, el FMS adquirirá una casa propia y seguirá creciendo como lo hizo hasta ahora. Mabel recuerda que en las entrevistas para elegir a la segunda directora ejecutiva, una de las preguntas a las postulantes era «¿Qué harías si tuvieras dos millones de pesos para repartir?». Hoy esa cifra se multiplicó, y el FMS asigna decenas de millones a través de proyectos y programas de los que Mabel «se enamora», como ella misma dice.

Le gusta conocer a la gente, escuchar. Lo suyo no son los discursos altisonantes sino la trama cotidiana, esos vínculos que se tejen día a día. La calidez destaca a esta mujer santafesina de sonrisa generosa, que hizo de la educación popular mucho más que una herramienta para que tantas mujeres pudieran aprender sus derechos.

Cuando Mabel habla de programas como *Liderando desde el Sur* se entusiasma, igual que cuando define al programa *Fortaleciendo a las Defensoras Ambientales* como el de mayor impacto de los que hoy se desarrollan. Mujeres que caminan entre diez y quince kilómetros para buscar agua en Paraguay y Bolivia son las alcanzadas por este proyecto que apunta al empoderamiento, el fortalecimiento de los vínculos comunitarios

y la defensa irrestricta del derecho al ambiente, amenazado por los agrotóxicos y el extractivismo.

Mabel es la memoria misma del Fondo de Mujeres del Sur. Cuando el FMS inició, ya había otros Fondos operando en el resto de América Latina. Fue Emilienne de León –entre otras–, entonces presidenta de Prospera¹, quien le sugirió a Marta Alanis que se replicara la experiencia de los Fondos en la Argentina, con alcance en Paraguay y Uruguay. El camino para abarcar los tres países fue paulatino.



Al Fondo que vio nacer, Mabel lo define como «una parienta que uno tiene no tan cercana pero que siempre está. O sí, una amiga... Me hace sufrir en algunas cosas porque todo proceso y toda construcción es costosa, pero me alegra que en estos años se haya convertido en lo que hoy es». Cuando se propusieron salir en busca de fondos para apoyar a mujeres organizadas en América Latina, si bien contaron con apoyos iniciales, el camino hoy construido era difícil de imaginar.

Para ella, sin embargo, lo interesante es el entramado, la trastienda: «A mí me gusta mucho conocer a cada una de las que se suman al equipo; cuando entran personas nuevas al FMS yo aparezco y hablo con ellas. Esa es mi misión, es lo que yo

1 Red Internacional de Fondos de Mujeres. Una asociación que vincula a 38 Fondos de mujeres de todo el mundo para promover la filantropía con una perspectiva feminista a través de diversas alianzas de recaudación de dinero.

he aprendido, lo que conozco, y para eso me sirve también el conocimiento del FMS». A Mabel le gusta conversar, escuchar, encontrar soluciones colectivas. Y así lo hace.

Planteado el desafío de proyectar el FMS a diez años, empieza con la duda sobre su propia supervivencia. «No sé si vivo pero... Me lo imagino más grande todavía», dice con una sonrisa, para quitarle dramatismo. Ahí nomás, aparece la pregunta por su permanencia. «Nosotras tenemos quizás otros añitos más, pero no más presidenta», plantea.

La historia del Fondo de Mujeres del Sur es contada por Mabel como un relato en el que lo importante son las personas que van haciéndola. A ella le gusta más elogiar a la gente que criticarla, así que suaviza cualquier defecto y ensalza las virtudes. Relata los tiempos iniciales, cuando Marta Alanis la convocó junto a Susana Chiarotti, Estela Díaz, Cecilia Canevari y Silvia Borsellino (primera directora ejecutiva): «Teníamos muchas dudas, porque acá nunca se manejaron fondos dentro del feminismo, como dadoras para otras», resume algunas de las preocupaciones que precedieron al nacimiento formal del 12 de octubre de 2007².

Una de las primeras definiciones fue priorizar al noroeste y al noreste argentino en la distribución de los fondos que se consiguieran. Pero hubo otros acuerdos fundacionales: «Definimos muy claramente que las consejeras no íbamos a tocar un peso del FMS, que sí nos pagarían viajes o representaciones, pero que nosotras no íbamos a cobrar. Éramos consejeras, no había honorarios y tampoco había esta cuestión de beneficiar o trabajar a favor de nuestras propias organizaciones, porque iba a haber conflicto de intereses».

Al principio, reconoce, a algunas les sonaba mal el concepto de la filantropía feminista, «que se manejaba muchísimo en el continente, pero no en Argentina». Por eso, les resultaba extraño que el objetivo del FMS fuera conseguir «plata, plata,

2 Si bien la fecha de fundación del FMS es el 12 de octubre de 2007, la personería jurídica se obtuvo en 2008.

plata». También temían «qué iban a decir» dentro de los feminismos, «cómo nos iban a ver, qué conllevaría toda esta historia de que nosotras de golpe empezáramos a manejar plata».

Otra preocupación eran las dificultades financieras cíclicas de Argentina. «Esta cosa de que en cada momento histórico tenés lo que tenés hoy», dice Mabel y se refiere a la inflación, específicamente. «Siempre la planificación estratégica hacia tres años ha sido muy complicada en nuestro país», define, y sostiene que el FMS ha logrado cumplir todos los requisitos formales a pesar de las enormes exigencias.

En ese mar de preocupaciones, había también algunas ideas para enriquecer la experiencia de la intermediación de fondos. «Algo que a mí me gustaba mucho, porque había sido mi experiencia en Perú, era que la institución dadora de dinero acompañara los procesos». Para ella, limitarse a fiscalizar el uso del dinero cumplía con los requisitos de las agencias, pero era insuficiente para los grupos de mujeres, «porque si no hay acompañamiento, dónde está el crecimiento, dónde está el feminismo, dónde está esa cuestión que antes no llamábamos sororidad, dónde está el encuentro y el enriquecimiento».

Esas preocupaciones fueron saldadas con una metodología que permitía el intercambio, la capacitación y el asesoramiento. Sabían que los proyectos no podían sostenerse solo por un año, a partir de la experiencia que las consejeras tenían, de modo que también estipularon que la financiación sería por tres años, con posibilidad de extenderla a cinco.

Mabel se siente satisfecha con aquellos acuerdos iniciales, pero considera necesario mencionar también la primera crisis que hubo en la organización, poco después de haberse creado. La salida de Silvia Borsellino como directora ejecutiva fue un momento difícil, que Mabel evoca porque «no se puede hacer como si no hubiera ocurrido». A partir de ese momento, empezó a viajar a Córdoba cada dos semanas, y

su presencia se hizo cotidiana en la oficina del FMS. Tenían que encontrar una nueva directora ejecutiva.

Luego de una selección que incluyó entrevistas a decenas de postulantes, se eligió a Mariela Puga. Mabel no escatima elogios para la tarea de esta abogada que debió asumir en soledad la representación del Fondo de Mujeres del Sur apenas una semana después de incorporarse: una serie de sucesos desafortunados le impidieron a Mabel viajar al encuentro anual con otros Fondos de América Latina, y allí tuvo que ir Mariela, a Guatemala. Desde ese momento, la nueva directora aportó a un crecimiento de la organización, que se consolidó también en relación con otras organizaciones de América Latina.



Entre los orgullos de Mabel, figura que el Fondo de Mujeres del Sur se haya hecho cargo de la gestión del programa *Liderando desde el Sur*. Elogia sin tapujos a la actual directora ejecutiva del FMS, Luz Aquilante, quien hace posible el crecimiento continuo.

A Mabel le gusta subrayar aquellos proyectos que tienen impacto social, especialmente el programa *Fortaleciendo a las Defensoras Ambientales* que trabaja con grupos de Argentina, Bolivia y Paraguay. Sus propias ejecutoras advirtieron que podían lograr aportes ciudadanos con las causas que el programa defiende. «Eso es una maravilla. El programa puede generar empatía y apoyo de la sociedad. Lo vieron entre ellas, porque a las consejeras nunca se nos hubiera ocurrido. Consideraron la captación de la ciudadanía, pedir plata en la calle», así describe la iniciativa de recaudación de recursos locales por parte de las integrantes del equipo. «Aman tanto el fondo», concluye. Se sorprende porque, en solo un año, se logró recaudar un millón de pesos de quienes se sumaron a la causa como donantes individuales.

Este programa es el que considera de más impacto, porque apunta al desarrollo de las mujeres en torno a una necesidad vital: el acceso al agua segura. «Se ha fusionado lo técnico, propio de esta necesidad, con el empoderamiento de esas mujeres y sus comunidades», resume.

Mabel habla sencillo, no necesita de grandes discursos. Sentada en el patio de su casa, en Santa Fe, mientras ceba tererés para calmar el calor de la tarde de enero, apunta a las historias humanas, a los vínculos y relaciones que terminan cambiando la historia. Por eso se detiene en la fenomenal defensa de su proyecto que hizo un grupo que alguna vez fue coparte del FMS, las mujeres de San Javier, una localidad de la costa, cercana a la ciudad de Santa Fe. Mabel las conoce porque las acompañó con Acción Educativa durante algunos años. El Grupo Comunitario de la Costa, más conocido como

Siempre hay que seguir sacando de donde sea para no abandonar los proyectos de base, territoriales.

Mujeres de la Costa, estuvo a punto de perder su casa, el espacio donde producen sus artesanías, realizan capacitaciones y donde también funciona el refugio para víctimas de violencia. El intendente cedió al Ministerio de Educación de la provincia de Santa Fe el terreno para que hiciera un jardín de infantes. En el mismo lugar, las mujeres tenían su local, construido con fondos internacionales en un terreno municipal que habían recibido en comodato. Las mujeres se movilizaron, llamaron a viejas conocidas como Mabel para que las apoyen, y fueron al encuentro de la entonces ministra de Educación santafesina. El relato de esa reunión conmueve a Mabel. Se fueron de allí con la decisión ministerial de reformular los planos del jardín de infantes y el complejo deportivo proyectado para que incluya la casa de las mujeres. La ministra llamó a los responsables de los planos y les ordenó que los reformularan. «Salimos y nos fuimos a tomar un liso. Hacía un calor ese día que no podíamos creer... Qué conquista», relata conmovida.

Otro programa que Mabel pondera al hacer un repaso de los logros del FMS es *Redes y Alianzas Libres de Violencias (REDAL)*, que se orienta al fortalecimiento de grupos de mujeres en procesos de organización incipientes. «Siempre hay que seguir sacando de donde sea para no abandonar los proyectos de base, territoriales. Ahí están las redes», afirma.

A Mabel le gusta conocer a cada integrante del equipo del FMS y, en la medida de las posibilidades, a quienes integran las organizaciones que son coparte de los proyectos. En 2017, perdió a quien fue su compañero durante 42 años, José Serra³ –Pepe, como le dice ella– y eso la llevó a faltar a alguna de las asambleas anuales donde se evalúa lo hecho y se reformulan nuevos objetivos. Sin embargo, rápidamente volvió a instalar su presencia amigable.

3 José Serra perteneció al Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo y fue un reconocido educador popular. Se casó con Mabel Busaniche, y juntos estuvieron exiliados en Perú. De vuelta en Argentina, Serra fundó la Casa del Obrero Estudiante, a la que consideró la obra de su vida. Fue, además, cofundador de Acción Educativa, organización dedicada a la alfabetización en Santa Fe. Se desempeñó como profesor de Sociología en la Universidad Católica de Santa Fe y como decano de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta. Fue convencional constituyente por la provincia de Santa Fe en 1994 y diputado nacional en 2005. Falleció en julio de 2016.

La filantropía feminista ya no la incomoda. «¿Por qué dejaríamos de lado algo que ya se había comprendido en América Latina? Nosotras veíamos en ese concepto un componente de dádiva, de caridad, pero todo se puede resignificar. Cuando vivía en Perú, me sorprendía que en el año 1980 las mujeres ya se llamaran a sí mismas feministas. En América Latina la cuestión feminista y filantrópica estaba mucho más arraigada. Pero ahora, acá se puede hablar y decir: soy feminista; soy popular y feminista».



Mabel Busaniche es educadora popular y activista feminista de Santa Fe, Argentina. Tiene un largo recorrido trabajando en violencia de género, salud sexual y reproductiva e inserción laboral de las mujeres. Integra la Multisectorial de Mujeres de Santa Fe y la Campaña por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito. Es fundadora y presidenta del Consejo del Fondo de Mujeres del Sur.



Sonia Tessa es periodista y vive en Rosario. Desarrolla un intenso trabajo con perspectiva de género y derechos humanos, colaborando en diferentes medios, organizaciones e instituciones públicas. Desde 2008 se desempeña como editora de «Rosario/12» y es redactora del suplemento «Las 12». Además es periodista de Radio Universidad y Radio Nacional Rosario AM 1300.



ESTELA DÍAZ, FUNDADORA Y CONSEJERA HONORÍFICA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR



«TUVE QUE DESMONTAR CIERTOS PREJUICIOS QUE TENEMOS LAS MUJERES Y LA MILITANCIA CON EL DINERO»

—
POR MARIANA CARBAJAL

Estela Díaz es una de las caras imprescindibles a la hora de pensar el sindicalismo argentino desde una mirada feminista. Estuvo a cargo de la Secretaría de Género de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA) a nivel nacional desde 2010, hasta que en diciembre de 2019 asumió como ministra de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual de la Provincia de Buenos Aires. Formó parte de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito desde sus inicios. En representación de la CTA, fue una de las coordinadoras del Comité por la Libertad de Milagro Sala, presa política desde enero de 2016.

«Soy orgullosamente sindicalista, feminista y peronista, tres identidades históricamente demonizadas», se define, y se ríe. Estela es una de las consejeras del Fondo de Mujeres del Sur (FMS). Ser parte de ese espacio clave le resultó «muy desafiante», porque la convocó a «pensar el activismo ligado al tema de los recursos económicos», un aspecto que suele ser tabú en organizaciones feministas, como si el acceso a fondos enturbiara el desarrollo de un proyecto. «Mi recorrido militante tenía otros caminos. Entonces, pensar en el aporte del dinero y el fortalecimiento de las organizaciones desde ese lugar fue algo totalmente nuevo, de mucho aprendizaje y también de descubrimiento. Tuve que desmontar ciertos prejuicios que tenemos las mujeres y la militancia con el dinero», reconoce. El manejo de recursos económicos

para las mujeres, señala, está enredado con ciertas creencias arraigadas socialmente, que marcan una relación distinta a la que tienen los varones con las finanzas. «Como fuimos criadas para los otros, en el altruismo en algún sentido, y con la idea de que lo nuestro es entrega hasta en la militancia, hay prejuicios en que si se consigue dinero hay algo oscuro, turbio». Incorporarse al Consejo Directivo del FMS la obligó a repensar sus propias resistencias en torno al tema.

Están muy bien las buenas intenciones, pero con recursos podés mejorar las posibilidades de alcance de lo que hacés.

«Me ayudó a revisar eso, que estaba bastante enraizado en mí, hasta inconscientemente porque no era algo que pensara. Me ayudó incluso a poner en valor el trabajo que yo hago. Es claramente un mandato de la femineidad. El acercamiento a esos temas es tabú. Te coloca en un lugar de lo impuro, te contamina de patriarcado, del sistema», detalla. Estela advierte que pudo «mirar al revés» y darse cuenta de que «el dinero utilizado y gestionado para promover cambios, para producir transformaciones, para favorecer a organizaciones populares, es fundamental. Y que ese trabajo vale. Que hay que ponerle valor y decir cuánto cuesta, no hay que tener pudor. Porque es una trampa que nos hace el propio sistema y solemos caer en ella», reflexiona, café de por medio, en los alrededores del Congreso.

Vive en la localidad de Ringuelet, cerca de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. Es su lugar en el mundo. Vive a una cuadra y media de la casa de su niñez. «Soy casi conservadora, diría –y se ríe, de nuevo–, tengo 32 años de pareja, vivo en el mismo barrio...», enumera, divertida.

Su primera experiencia laboral fue como promotora de un servicio de entregas a domicilio. Tenía 18 años y se vio forzada a renunciar por el acoso «muy pesado» que el dueño del emprendimiento ejerció sobre ella. Durante años fue viajante de comercio

y vendió productos bien femeninos, de bazar, de vidrio, vasos, platos y otros objetos de cocina. Y ahí también, recuerda, sufrió acoso de parte de clientes. «Me llevó muchos años, cuando ya era feminista, darme cuenta de lo que me pasaba con el acoso callejero, y pensar sobre mis opciones de vestimenta. Una vive con eso como si fuera normal. Esa es tu normalidad. Hasta los 40 años no usé escote porque soy tetona. ¡Qué no me dijeron sobre mis tetas! Recién hace poquitos años pude hacer una reflexión sobre eso. Y pude hacerla por el feminismo, que es un aprendizaje todo el tiempo, un aprendizaje de vida que te atraviesa. Por eso es tan resistido», acota.

En el Consejo Directivo del Fondo de Mujeres del Sur, Estela se ocupó de cuidar el proyecto estratégico, de que no se desvíe. Hace especial hincapié en que es necesario monitorear la transparencia en el uso de los fondos, que haya coherencia entre los



objetivos y la implementación que se lleva adelante. Su rol, como el de las demás consejeras, es *ad honorem*. Es parte de su militancia, dice. La reflexión en torno al dinero ha sido clave para ella en estos años en que es parte del engranaje del FMS. «Tener recursos y financiamiento para un proyecto te da prestigio frente a tus pares varones, en tu propia comunidad o en organizaciones que son mixtas. Ayuda a fortalecer tu liderazgo, a que tu propio entorno revalorice tu trabajo. El dinero del FMS brinda esa posibilidad. Y eso te posiciona en el reconocimiento en tu contexto social, tiene una enorme importancia. Están muy bien las buenas intenciones, pero con recursos podés mejorar las posibilidades de alcance de lo que hacés», explica sobre la importancia del apoyo económico a proyectos comunitarios de mujeres y personas LGBTIQ+.

Estela cuenta que de niña fue una «feminista intuitiva», porque se crio en un clásico hogar patriarcal. «Tengo un hermano un año y medio mayor que yo, por lo tanto vi las diferencias de género desde mi niñez. Fui peleando esas diferencias desde que tengo memoria», apunta. A ella la mandaban a hacer las compras y a él no, e incluso le pedían que le hiciera la cama a su hermano, aunque él se negaba. En la organización de la casa era el privilegio de los dos varones, del padre y del hijo mayor. «Un privilegio impuesto por mi padre pero por mi madre también. Ella reproducía ese sistema de organización. Le enseñaron a manejar a mi hermano desde los 9 años, lo sentaban frente al volante, y yo tuve que robarle el auto a mi papá para poder aprender. Siempre tuve la sensación de que había algo profundamente injusto en esa distribución de poderes, de reconocimiento y de tareas», reflexiona.

El feminismo es un aprendizaje todo el tiempo, un aprendizaje de vida que te atraviesa. Por eso es tan resistido.

Desde su mirada, considera que es «muy importante» que haya Fondos y que su perspectiva sea feminista, que es una característica que incluyó desde su nacimiento el Fondo de Mujeres del Sur. ¿Por qué es tan importante?, «Porque necesitamos que

se fortalezca el activismo de mujeres y feminista en nuestro continente, dado que el orden patriarcal sigue muy presente en lo social, en lo político, en las dinámicas familiares, comunitarias», responde. Los recursos son fundamentales para promover cambios, señala. «Los Fondos tienen una orientación clara en ese sentido y tienen una perspectiva de facilitarlos para las mujeres de organizaciones de base. Una de las riquezas del FMS, que a mí me interesó particularmente, es que se desafía a que los fondos lleguen a los sectores donde no llega la cooperación del *establishment* –de organismos internacionales–, porque para poder presentar una propuesta siempre necesitás tener niveles de institucionalización altos. Muchas veces, además, esos fondos se mueven en circuitos que en general son bastante cerrados, que se retroalimentan. Los desafíos de los Fondos de mujeres y feministas son otros para América Latina», subraya.

Necesitamos que se fortalezca el activismo de mujeres y feminista en nuestro continente porque el orden patriarcal sigue muy presente en lo social, en lo político, en las dinámicas familiares, comunitarias.

También detalla que otro problema que tienen las organizaciones en la región es que hay restricciones en la cooperación internacional para América Latina y hay muchos países que, si no es a través de Fondos como el FMS, no tienen acceso a la cooperación. Argentina, por ejemplo, no califica como país pobre por su PBI, aunque en su interior haya profundas desigualdades. Los Fondos internacionales, describe, suelen ir a países que viven situaciones de pobreza más extrema, como algunos africanos, la India o Haití.

Para Estela, fue fundamental que el FMS aportara dinero para proyectos vinculados a la economía y el trabajo y, en ese marco, destaca el apoyo a la organización del sector del empleo doméstico, un sector «súper feminizado, con niveles enormes de

precariedad e informalidad laboral». Y observa que no siempre el sindicalismo, que tiene otras vías de apoyo, tiene a esos sectores como prioridad.

La entrega de fondos para el empoderamiento económico y el respaldo a proyectos ligados a la diversidad sexual, especialmente en momentos en que se debatía la Ley de Identidad de Género (2009, 2010), para ella han sido dos de los grandes aciertos de FMS.

De un grupo juvenil católico al feminismo

En la década del noventa, mientras estudiaba Letras en la Universidad Nacional de La Plata, Estela conoció autoras que la «re-flashear» y le abrieron la cabeza, como la escritora, activista y periodista mexicana Elena Poniatowska. Su primera militancia fue partidaria, ligada a los derechos humanos, en la Facultad, dentro del Partido Intransigente. «Era el momento en que se empezaba a discutir el cupo, las leyes de violencia doméstica, la salud reproductiva, por más que teníamos neoliberalismo había mucha efervescencia y pelea de esos temas», recuerda. Durante el menemismo, dice, se volcó más a la militancia social. «Teníamos un espacio en La Plata, que se llamaba La Casa Grande, adonde confluimos muchas que veníamos desde distintas militancias políticas y sociales, peronistas desencantadas, socialistas, intransigentes, y desde ahí había todo un agrupamiento que se nucleaba desde lo gremial. Y trabajamos muchas en el nacimiento de la CTA. Y yo, entre las cosas que hacía, tenía trabajo en barrios, con mujeres. Hacíamos formación de promotoras en salud sexual y reproductiva: las mujeres cobraban una ayuda mínima por esa tarea, y nosotras hacíamos los talleres, y formábamos las redes de promotoras de salud. Eso me ligó a la CTA», apunta. La pata territorial de la CTA se nucleaba en la Federación de Tierra y Vivienda, donde Estela militó durante largos años. Estuvo también en la fundación del Frente Grande en La Plata.

Siempre, destaca, fue sensible a la militancia feminista pero no quería militar en espacios solo de mujeres. La primera vez que llegó a la CTA nacional fue en el año 2003. «Recuerdo que tenía que pedir la palabra para señalar que no habían incluido

la perspectiva de género en tal o cual iniciativa, o que no había mujeres... entonces se fue dando que yo era la que hablaba siempre de esos temas. Les decía: “Me gustaría hablar de otras cosas, pero si yo no traigo esto... esto es tan político como las otras cuestiones que están discutiendo”. En ese momento «era remar en espacios sindicales donde solía estar yo y cincuenta varones». Pero en 2007 se alejó de la central sindical y regresó en 2010. En este tiempo ya se podían percibir diferencias con su primera etapa a cargo de la Secretaría Nacional. Con la irrupción del movimiento Ni Una Menos en 2015, fue mucho más notable el cambio dentro de la CTA: «Ahora te llaman los compañeros, y te dicen: “Tiene que estar el tema en el documento, tienen que hablar mujeres en los actos...”».

Cuenta que ella decidió no tener hijos porque pensó que tenía otras opciones. Siempre le dio más prioridad a su militancia, a su vida social, al trabajo. Como su compañero es bastante mayor, y él tiene hijos, conforman una familia ensamblada. «En un



momento intentamos buscar un embarazo, pero no quedaba, empezamos a hacer estudios, y se determinó que quien tenía la imposibilidad de concebir era Diego, porque había quedado estéril por las torturas. Él fue secuestrado y desaparecido. Cuando lo desaparecieron, tenía hijos chiquitos, un varón y una mujer, de 3 y 5 años. Se lo reconoce como lesiones gravísimas. En ese período en que nos íbamos a hacer estudios, me encontré con mujeres desesperadas por no poder cumplir con el mandato de la maternidad, decían frases como “para qué nací mujer si no puedo tener un hijo”, mujeres que se habían sometido a cinco operaciones, parejas destruidas, y eso me decidió absolutamente

a no continuar con un tratamiento invasivo, y me convenció de no tener hijos. Y es una decisión que reafirmo todo el tiempo. Tenía poca convicción de querer ser madre y finalmente dije que no». Y destaca: «Lo afectivo, el amor, lo ejercés en cada cosa que seguís adelante, me siento todo el tiempo movilizada por el amor. El hijo y la hija de mi marido, Luciano y Muriel, me dieron nietas, tengo tres nietas. Yo soy su abuela para ellas, y la madrastra para su papá y mamá».

Estela recuerda que ella de joven estaba en contra de la despenalización del aborto porque se educó en escuelas católicas. «Tengo una hermana quince años más chica y cuando Mamá quedó embarazada de ella, yo pensaba: “Ni se te ocurra interrumpir ese embarazo”, era un horror pensar que abortara», recuerda. Incluso, durante la última dictadura militar participó en un grupo juvenil católico: fue su primera participación social. Empezó la escuela secundaria en 1976, pocos días antes del golpe militar. «Tenía muy metida esa idea de la sexualidad. Pero rápidamente me empecé a alejar de ese concepto, porque me parecía que había mucho doble discurso en la Iglesia católica. Y como tenía mucha sensibilidad frente a las desigualdades que promueve el machismo y el patriarcado, en seguida tuve como imperativo moral la militancia social y que la decisión de las mujeres es sagrada. Y así acompañé a amigas a abortar sin el menor juicio de valor, en la situación en la que estuviera, con solidaridad, escucha y disposición para ayudar». Esas experiencias la fueron alejando del grupo católico y de sus preceptos morales.

Hoy dice que hay un antes y un después, con relación al debate por la legalización del aborto que se dio en 2018 en el Congreso. «Se ha producido algo que se ha dado en llamar la revolución de las nietas y las hijas, que han presionado para lograr el voto favorable de diputadas y diputados. La voz de las jóvenes resuena de una manera fuerte en las escuelas, en los sindicatos, en los lugares de trabajo, en las familias, en cualquier espacio donde se debate el tema. Se profundizó y consolidó la despenalización social que se logró con los quince años de Campaña, por eso el cambio no es solo cualitativo sino cuantitativo en la sociedad. Militar este tema me permitió un diálogo con la historia

de mi madre que me pudo contar sus experiencias de aborto, que no fueron pocas. Y fue liberador para ella. Mis sobrinas, de 15 y 13, que van con el pañuelo verde a la escuela, viven como un triunfo cada vez que van sumando amigas, que les piden que les consiga un pañuelo. Y me llaman y me dicen: “Madri, un pañuelo más”», cuenta, orgullosa.

Con esa misma convicción con la que decidió escaparle al mandato de la maternidad, Estela dice que el Fondo de Mujeres del Sur no tiene techo, que puede seguir creciendo muchísimo más, articulando con otros Fondos, y ambicionar un alcance superior que el que ha tenido hasta ahora. «Lo imagino creciendo. Nos reímos mucho en el FMS porque empezamos pensando que administrar un millón de pesos era un gran desafío. Y hoy está ampliamente superado ese objetivo, y se está logrando por primera vez que la recaudación económica pueda ser también feminista».

Estela Díaz es militante social, sindical y feminista. Fue secretaria de Género de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA) y es integrante de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito y de la Comisión de Mujeres y Géneros del Instituto Patria. Es docente de la Especialización en Género y Comunicación de la Universidad Nacional de La Plata. Integra la Comisión de Mujeres de la Coordinadora de Centrales Sindicales del Cono Sur y el Comité de Mujeres de la Confederación Sindical de las Américas. En diciembre de 2019, asumió como ministra de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual de la Provincia de Buenos Aires.

Mariana Carbajal es periodista. Trabajó en diversos medios. Publicó los libros *El aborto en debate* (Paidós) y *Maltratadas. Violencia de género en las relaciones de pareja* (Aguilar), entre otros. Integró la comisión directiva del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). Impulsó el movimiento Ni Una Menos y fundadora de Periodistas de Argentina en Red por una Comunicación No Sexista. Es docente en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso).



SUSANA CHIAROTTI, FUNDADORA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

SUSANA CHIAROTTI, FUNDADORA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

«SOMOS SOLIDARIAS Y NOS AYUDAMOS ENTRE NOSOTRAS»

—
POR MARÍA EUGENIA LUDUEÑA

Susana Chiarotti es de las mujeres que creen que es importante decirlo: «Soy feminista». Por orgullo y por pedagogía, para desterrar ciertas ideas falsas alrededor de esta palabra. Antes de ser una feminista orgullosa y explícita, fue una «feminista intuitiva»: una mujer que no sabía que era feminista, y que antes de acercarse a la teoría del movimiento ya se había embarcado en las luchas por una sociedad antipatriarcal: libre, justa, soberana.

Se exilió en Bolivia escapando del terrorismo de Estado en Argentina. Y fue ahí donde, durante los años ochenta, leyó un libro que la hizo dejar de pensar que el feminismo era un lujo de las europeas o estadounidenses con necesidades básicas satisfechas: *La pequeña diferencia y sus grandes consecuencias* de Alice Schwarzer, una periodista y feminista alemana histórica (participó con Monique Wittig en los inicios del *Mouvement pour la libération des femmes* en París en los setenta) y de las primeras impulsoras de la campaña por la legalización del aborto. El libro llevaba una bajada: «Las mujeres hablan de sí mismas. Comienzo de una liberación».

En aquellos años, Susana trabajaba con organizaciones campesinas y comunidades indígenas bolivianas. Y esos testimonios de mujeres quedaron resonando fuerte entre sus convicciones de izquierda. Es curioso que, en ese entonces, pensara que había llegado tarde al feminismo; ella, que se convirtió en pionera en los movimientos de mujeres en Argentina y del proyecto por la legalización del aborto.

Nacida en Santa Fe, abogada y doctoranda en Derecho (Universidad Nacional de Rosario), que en Bolivia trabajó con la Asamblea Permanente de Derechos Humanos, y fundó el Centro de Estudios Jurídicos e Investigación Social (CEJIS), regresó a Rosario en 1984. En esa ciudad vive, y desde ahí va y viene por el mundo en la lucha sostenida por los derechos humanos en general y los de las mujeres y niñas en particular. Dirige el Instituto de Género, Derecho y Desarrollo (INSGENAR), integra el Comité de Expertas en Violencia contra la Mujer de la Organización de los Estados Americanos (OEA) y el Mecanismo de Seguimiento de la Convención de Belém do Pará (MESECVI), en representación de Argentina. Y es una de las fundadoras del Fondo de Mujeres del Sur (FMS).

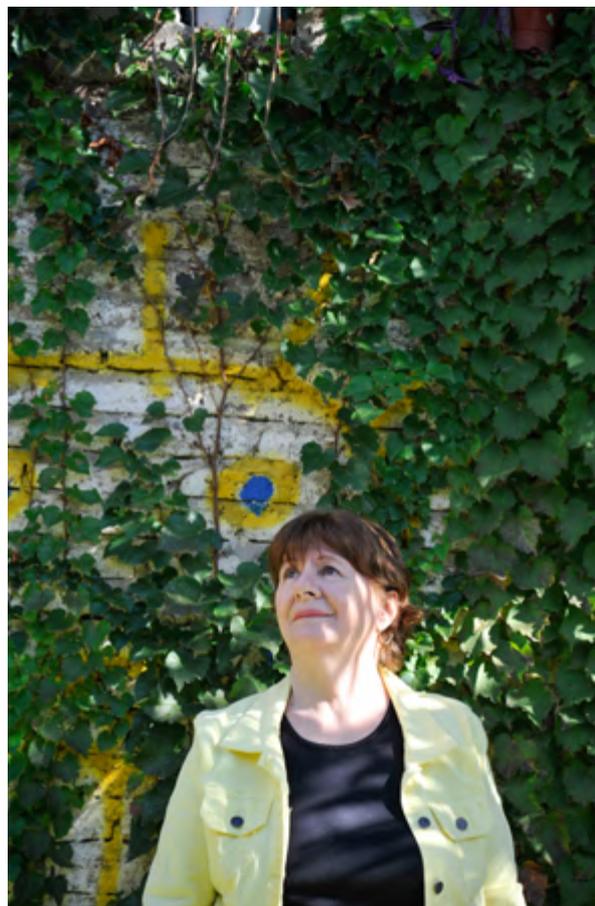
«Me acerqué al FMS después de haber conocido a otros Fondos», recuerda. Uno de los primeros de los que supo fue el Fondo Semillas, en México. A esa altura Susana también había participado en algunas reuniones organizadas por el Fondo Global de Mujeres, que alentaban que las mujeres construyeran Fondos de este tipo en los años noventa, cuando ella era coordinadora del Comité Latinoamericano y del Caribe para la Defensa de las Mujeres (CLADEM) del que hoy integra el Consejo Asesor. «En los noventa se habían producido algunos movimientos de estos pequeños Fondos para mujeres, pero en Argentina no había ninguno», dice.

*Construir un fondo feminista
que pudiera ir haciendo
esfuerzos para juntar dinero y
apoyar a otras organizaciones
de mujeres me parecía que
simbólicamente iba a ser muy
potente.*

«Cuando Marta Alanis, de Católicas por el Derecho a Decidir, me invitó a fundar el Fondo de Mujeres del Sur, me pareció una idea muy fuerte», recuerda. «No solo por lo que significaba recolectar fondos y darlos a organizaciones para potenciar el trabajo de mujeres y disidencias, sino también por lo que significaba a nivel simbólico».

En el nivel simbólico estaban –están– algunas de esas ideas equívocas y sutiles sobre las que se erige el patriarcado. «Hay un tema que la cultura patriarcal siempre se encargó de difundir: que competimos entre nosotras, que nos tenemos envidia». Para Susana, la creación del FMS fue una manera de contrarrestar esa idea con otra en la que cree con fuerza y toma como un mantra: «Somos solidarias y nos ayudamos entre nosotras».

«Construir un fondo feminista que pudiera ir haciendo esfuerzos para juntar dinero y apoyar a otras organizaciones de mujeres me parecía que iba a ser simbólicamente muy potente. Esa fue una de las ideas que me llevó a colaborar con la fundación y el espíritu que guía a quienes trabajamos detrás de estos Fondos».



En aquel momento, la idea era arrancar a lo feminista: tejiendo redes, juntando plata entre todas, como fuera. «Pongamos nosotras dinero», «pidámosle a todo el mundo, no solo a las agencias donantes extranjeras», «pidamos a la filantropía local», «nuestros burgueses también tienen que movilizarse», «sí, pero ¿cómo llegamos a ellos?». «¡Empecemos!». Las reuniones en las que se comenzaban a perfilar las estrategias de recolección de fondos eran un desafío permanente a la imaginación. En cada punto de la organización había que partir de cero. Establecer el directorio, hacer el reglamento, contratar al personal. «Teníamos que diseñarlo todo. Hoy tengo el honor de haber participado», dice Susana.

«Creo que el potencial de los Fondos de mujeres en América Latina es bastante alto. Aún hay sectores que no hemos explorado, como la filantropía local. Es escasa, pero habría que promoverla mucho más. Hay gente muy rica en América Latina y debería contribuir a la distribución de la riqueza y al potenciamiento de organizaciones de mujeres, niñas y disidencias».

El patriarcado siempre tuvo formas de balancear y frenar a las mujeres para que no avanzaran y se odiaran entre ellas.

Considera que un hecho histórico a destacar, además de la constitución del FMS, «fue cuando se empezaron a otorgar fondos para grupos de mujeres rurales. Eso también permitió un relevamiento importante de organizaciones que ni siquiera conocíamos».

Hoy, la relación de Susana con el FMS es «muy cordial y de contribuciones». «Cuando puedo colaborar, no lo dudo. Recuerdo que cuando surgió no era conocido como ahora. Y, con los años, fue ganando en institucionalidad, presencia y prestigio, como lo habíamos soñado. Eso hace que pueda cumplir esa otra función simbólica de la que te hablo. Me parece tan importante como la primera: destruir el mito de que nos comemos entre nosotras», enfatiza, con plena conciencia de que luchar contra ese mito requiere múltiples estrategias.

«Los principales vehículos de la cultura –la televisión, los periódicos y las redes sociales– siguen repletos de ejemplos que muestran a las mujeres envidiosas y competitivas. Eso es porque el patriarcado siempre creó modelos superidealizados y gigantescos que no podemos alcanzar. La santa madre, tan idealizada en nuestra cultura, a la que no se le puede ver ninguna falla. Y al lado de la madre, creó a la suegra malvada, que lo tenemos incluso entre las feministas. Y a la madrastra, contramodelo de la madre. El patriarcado siempre tuvo formas de balancear y frenar a las mujeres para que no avanzaran y se odiaran entre ellas», dice.

Los cambios se aceleraron en los últimos años. Que las pantallas sigan sintonizando ideas viejas tiene, para Susana, objetivos pragmáticos: «Para contrarrestar el movimiento de tantas hermanas que se vienen manifestando y reclamando en contra de la cultura patriarcal».

La batalla simbólica es larga y no da tregua. Susana lo sabe, lo ve, lo escucha en cada charla y cada curso. Ha trabajado sobre distintas temáticas feministas, se ha movido en espacios y comunidades diversas. Es una testiga de cómo cambiaron los tiempos. Lee los avances, pero también la trama. «Sí. Hemos avanzado muchísimo. Están saliendo chicas a la calle con pañuelos verdes y son cada vez más jóvenes. Por un lado, el reclamo por el cuerpo y la autonomía es muy fuerte. Pero, por otro, está la moda que impulsa ser flaca, bulímica, a aumentarte los pómulos e hincharte la pera. Ser eternamente joven. Eso no paró, sigue ahí. Y hay una industria que cada vez hace más dinero con los cuerpos».



El patriarcado no es tonto. Lo motoriza la falsa sabiduría para mantener privilegios, el poder opresor acumulado en sus miles de años. «Nosotras tenemos que estar preparadas para no desanimarnos y seguir adelante», advierte. «Lo que hemos conseguido en los últimos treinta o cuarenta años es gigante. Pero al lado de lo que construimos, el patriarcado nos pone enemigos a la medida de nuestros avances».

Susana mira este momento con sus luces y sombras. Sabe que el movimiento que surge en las calles no es el de los noventa. Cree que no está tan institucionalizado, que es más flexible. «Hay una fuerza que hasta ahora no habíamos logrado juntas, pero mientras reclamamos ser dueñas de nuestros cuerpos, crece una industria que promueve nacimientos planificados de bebés perfectos y el alquiler de algunas partes de los cuerpos de las mujeres, como los óvulos o el vientre. Con el mito de la maternidad como destino ineludible, un modelo que hemos tratado de demoler, crece esta industria a la que no se le ponen frenos éticos. Las clínicas que están trabajando con técnicas de reproducción usan la bandera de la familia, pero miran el lucro».

Lo que hemos conseguido en los últimos treinta o cuarenta años es gigante. Pero al lado de lo que construimos, el patriarcado nos pone enemigos a la medida de nuestros avances.

La agenda de trabajo y activismo feminista la ha llevado a recorrer el mundo, y especialmente la región; a explorar los derechos de las mujeres y niñas a la luz de diferentes y singulares momentos históricos; y a producir conocimiento en base al cruce de tiempos y espacios, escuchas, testimonios, intercambios, teorías. Su trabajo ha abordado los delitos sexuales y la violencia contra las mujeres en los centros clandestinos de detención, tortura y exterminio del terrorismo de Estado en Argentina, la trata (integra el Consejo Directivo de la Coalición Internacional contra la Trata de Mujeres),

y las áreas de Género y Justicia (docente en el Diplomado de Flacso)¹ y el Poder y la Sociedad desde la problemática del Género (Maestría en la Universidad Nacional de Rosario donde Susana dicta un seminario en Género y Legislación desde 1998).

Viajando de acá para allá con sus misiones feministas, ha podido observar que el rostro de esos enemigos hoy es muy parecido en toda la región. «Hay una avanzada pentecostal y fundamentalista de los nuevos fascismos, que están usando el control de las mujeres como banderas de gobierno, explícitamente, como nunca se hizo. Los sujetos que están siendo atacados por la nueva derecha son los que logramos visibilizar en derechos humanos en los últimos treinta años». Por eso habla de un enemigo construido a la medida de lo que avanzamos: «La nueva derecha, además de ser aporofóbica y rechazar a los pobres, es homofóbica, racista y antinmigrante. En las próximas décadas estaremos enfrentando enemigos a medida. Tenemos que estar muy preparadas y no desanimarnos».

Susana dice que en el futuro se imagina un Fondo de Mujeres del Sur «fortalecido, con muchos fondos y con muy buena conexión con organizaciones de mujeres de la diversidad sexual del Cono Sur». «Para mí, muy personalmente, el FMS ha sido una oportunidad de contribuir a un proyecto de solidaridad entre las mujeres, y así también lo pienso en el futuro», afirma.

1 Diplomado en Género y Justicia de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso).

■
Susana Chiarotti es abogada y docente universitaria feminista. Integra el Consejo Asesor del Comité Latinoamericano y del Caribe para la Defensa de los derechos de las Mujeres (Cladem), fundó el Instituto de Género, Desarrollo y Derecho, e integra el Comité de Expertas en violencia del Mecanismo de Seguimiento de la Convención Belém Do Pará. Es profesora de la Maestría de Género de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Rosario (UNR) y del Diplomado de Género y Justicia de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso).

■
María Eugenia Ludueña es periodista y licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA) y periodista. Directora de Presentes, agencia regional de noticias LGBT+, y profesora de la Maestría en Comunicación y Derechos Humanos de la Facultad de Periodismo de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).



MARTA ALANIS, FUNDADORA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

MARTA ALANIS, FUNDADORA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

«CONSTRUIR MÁS MOVIMIENTO, MÁS UNIDAD, MÁS MOVILIZACIÓN»

—
POR MARÍA FLORENCIA ALCARAZ

Cada vez que nombra a la marea verde y pone en fila los recuerdos de las históricas jornadas del 13 de junio y el 8 de agosto de 2018 en Argentina, la boca se le ensancha y una sonrisa enorme le ocupa la cara. Marta Alanis fue «impulsora» del Fondo de Mujeres del Sur (FMS) hace más de diez años. Pero su compromiso y trayectoria viene de mucho antes: hace veinticinco años fue fundadora del capítulo argentino de Católicas por el Derecho a Decidir Argentina (CDD) y es una de las actrices fundamentales de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito que logró abrir y sostener la conversación sobre el derecho a decidir de las mujeres y todas las personas gestantes a nivel mundial. «Tengo números en mi cabeza: para el 8 de agosto, 58 países del mundo hicieron pañuelazos», dice con una mueca de felicidad, sentada en el living de su búnker porteño. Los días de Marta se dividen entre Córdoba y Buenos Aires desde hace muchos años. En Buenos Aires vive en un departamento cerca de las reuniones de cabildeo del Congreso. Siempre lista para un encuentro con diputadas, compañeras de la Campaña u otras activistas feministas. Uno de los cuadros de su living es la figura de una mujer, intervenida con el símbolo de la lucha por el aborto legal en Argentina: el pañuelo verde.

«No logramos la ley, pero el impacto de la marea verde traspasó fronteras con relación al aborto, que es un tema controvertido. Nunca un tema nacional tuvo un impacto global», analiza y se entusiasma. Durante el debate parlamentario le tocó exponer en defensa del proyecto de ley presentado por la Campaña. Lo hizo dos

veces. Sus intervenciones dejaron una huella importante: logró desarmar los mitos que intenta imponer el fundamentalismo religioso en torno al aborto.

Al momento de realizar esta entrevista, Marta Alanis está por cumplir 70 años y estas siete décadas recorridas la encuentran en un momento de madurez, de «saber que las cosas no se hacen de un día para el otro». Esa paciencia y seguridad se desarman cuando se enoja y, según ella, se vuelve joven cada vez que se pone furiosa. La sonrisa solo se le fuga de la cara cuando habla de la reforma del Código Penal y otros artilugios que intentaron legislar desde el gobierno macrista o los grupos antiderechos.

El impacto de la marea verde traspasó fronteras con relación al aborto. Nunca un tema nacional tuvo un impacto global.

En abril de 2019, fue galardonada con el premio Joan B. Dunlop, otorgado por la Coalición Internacional por la Salud de las Mujeres (IWHC), por su «incansable trabajo por los derechos sexuales y reproductivos y la lucha por la justicia social». La entrega tuvo lugar en la gala anual de la IWHC en Nueva York. Este reconocimiento internacional también le puso una sonrisa en el rostro.

La historia de militancia de Marta Alanis comienza en la base de las parroquias. Con la llegada de la dictadura cívica-eclesiástica-militar el exilio la expulsó a Bolivia, Francia y Nicaragua. En 1991, en Brasil, tomó un curso con la teóloga brasileña Ivone Gebara y pudo ponerle nombre a «esas rebeldías que tenía y no estaban contenidas en otros espacios».

«Ahí me encuentro verdaderamente con el feminismo. Una no le presta atención hasta que está preparada para eso. Tenía identificada la opresión de clase, pero no tenía relato de la opresión de género», explica. De ese encuentro se trajo la idea de impulsar CDD.

«En todos estos años tuve la particular visión de crear organizaciones de mujeres», dice y es casi una descripción de su rol articulador dentro del mapa del feminismo argentino. Todos los espacios que empujó hicieron crecer al movimiento local.

Católicas por el Derecho a Decidir Argentina fue la organización que repartió los pañuelos verdes por primera vez el 16 de agosto de 2003 en el 18 Encuentro Nacional de Mujeres en la ciudad de Rosario. Aquel Encuentro empezó con 10.000 asistentes y una bandera violeta enorme que decía: «Por el derecho al aborto libre y gratuito». Algunas activistas conservan esos pañuelos incunables. La Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito recién se conformaría dos años después en una reunión plenaria en Córdoba, donde CDD y la propia Marta fueron anfitrionas.

«En el Encuentro de Rosario los pañuelos no tenían el logo de la Campaña ni la frase que luego se consensuó. Solo decían consignas feministas amplias: aborto, derechos sexuales y reproductivos, anticoncepción, por el derecho a decidir», desarrolla.

Antes de verdes, los pañuelos fueron lilas. En una conferencia de Naciones Unidas, en Nueva York, un grupo de feministas –entre las que estaba Marta– llevó triángulos de tela lilas con letras blancas. Intentaban visibilizar la lucha por la anticoncepción y las mujeres muertas por abortos clandestinos. En esos espacios, las organizaciones socia-



les y de derechos humanos asisten como contrapeso de los Estados pero no pueden hablar e intervenir. En un momento, ellas se pararon e hicieron un pañuelazo cuando todavía la acción no tenía ese nombre. «Les robamos la idea a las Madres y a las Abuelas, en el mejor sentido», explica Alanis.

Después de los pañuelos lilas, desde Córdoba Marta llamó a la rosarina Susana Chiavrotti, de Indeso Mujer. Tenían que encontrar el color que simbolizara la lucha por el aborto en Argentina para usarlo en el Encuentro de Mujeres de Rosario. Descartaron el rojo porque ya representaba a la izquierda. Color amarillo no podía ser porque estaba vinculado a lo religioso. Celeste y blanco les parecía demasiado nacionalista. Pensaron en un color articulador que estuviera relacionado a la salud, al medio ambiente, a la ecología, la esperanza: los pañuelos tenían que ser verdes. Además, hasta ese entonces era un color que no estaba relacionado a ningún partido político en particular. «Fue arbitrario. No hay una historia del verde, la gente se lo apropió», cuenta.

Los pañuelos son centrales porque el logo blanco que llevan en el centro fue diseñado por una organización cordobesa de artistas que también fue impulsada por ella: Hilando las Sierras.

Desde estas experiencias, y con la idea fija de sumar más a la fuerza del movimiento feminista de la Argentina, Marta Alanis descubrió el potencial de los Fondos desarrollando su tarea como consejera del Fondo Global de Mujeres, que tiene sede en California, Estados Unidos. Por este rol, le tocó viajar en varias oportunidades a reuniones de planeamiento estratégico, y allí conoció a representantes de Fondos de mujeres en América Latina. Junto con Érica Guevara, que era la responsable para América Latina y el Caribe, se entusiasmaron con la apuesta por impulsar un Fondo de Mujeres del Sur. «Las representantes de México y de Centroamérica ayudaron

*El fondo es como
un semillero para
que haya más
movimiento.
Todas las causas
necesitan apoyo.*

mucho para que lo creáramos. Tener un Fondo en la Argentina era una oportunidad para recaudar en aquellos países del sur, a los que llega muy poco dinero», recuerda.

Con el apoyo de sus pares de la región, volvió a Argentina y empezó a tejer la idea con otras feministas. No hay un hito que reconozca, en particular, del recorrido de más de una década que tiene el FMS: su memoria la devuelve a ese momento iniciático donde empezó a constituirse lo que era un deseo después de un viaje energizante.

Una de las primeras a las que contactó fue a la educadora popular Mabel Busaniche. Hoy ella es presidenta del Consejo Directivo del Fondo de Mujeres del Sur. «Cuando le conté a Mabel era algo inesperado, porque en general en nuestro país las mujeres no recibimos dinero de la cooperación internacional y no sabemos mucho de fondos; además de que hay muchos prejuicios alrededor del tema», recuerda. Marta cree que existe un recelo generalizado con los Fondos internacionales en Argentina, pero que «se trata de compañeras feministas que a veces están más en el norte, y son absolutamente solidarias. El objetivo del Fondo de Mujeres del Sur es muy interesante, porque son fondos feministas que apoyan a grupos de mujeres incipientes. Es como un semillero para que haya más movimiento. Todas las causas necesitan apoyo».

A Mabel Busaniche la conocía «de la vida», ella ya colaboraba con CDD. Cuando le negaron un aborto legal a Ana María Acevedo, y la joven luego murió,

Mabel ayudó mucho a visibilizar la historia. También estuvieron juntas en Santa Fe cuando esa provincia sufrió las inundaciones. «Hicimos mucho para buscar ayuda a los grupos de mujeres de San Javier», señala Marta Alanis. «Ella es una excelente persona, de una calidad humana enorme. Hay mucho bienestar en el FMS, y cuando hay bienestar en un espacio esto tiene que ver con la persona que está coordinando», dice.

Gracias al trabajo incansable de las feministas, aún con nuestras diferencias, hemos sabido construir una organización.

Además de Mabel, otro de los nombres propios que recuerda de esos primeros años es el de Susana Chiarotti. Y también Lohana Berkins y Cecilia Canevari, de Santiago del Estero, en esos momentos iniciales de FMS. «Tuvo sus momentos difíciles, sus traspies, por todo lo que significa conformar un equipo de trabajo. Después yo me retiré porque la Campaña y CDD me demandaban, pero ya estaba en marcha», confiesa. Ella se reconoce como «impulsora». «Una no puede hacer todo en la vida, aunque a veces somos todólogas», dice entre risas.

El objetivo de Marta Alanis como activista comprometida tiene la dirección focalizada como una flecha: ensanchar, multiplicar y fortalecer al movimiento. En ese camino se encuentra y se imagina a futuro; además de dedicarse a Católicas por el Derecho a Decidir y a la Campaña, la militancia la encontró apoyando el Encuentro de Mujeres Indígenas. «Me entusiasma que se reúnan», dice sonriente.



Cuando las feministas de otros países le preguntan cómo las argentinas lograron el impacto y la movilización enorme que puso al debate sobre el derecho al aborto como protagonista en 2018, ella contesta: «Gracias al trabajo incansable de las feministas, aun con nuestras diferencias, hemos sabido construir una organización, vocación de construcción colectiva». Para ella el movimiento local tiene un componente fundamental que son los encuentros nacionales de mujeres como experiencia multiplicadora, y que fue generando un acumulado de política feminista. «Ayudaron mucho a generar conciencia, hay una historia de movilizaciones que no la tienen otros países», dice.

Ese componente federal de los encuentros nacionales de mujeres es también una característica de todo lo que la impulsa como activista, según ella, «es una visión de construcción».

También pone la linterna en las conquistas logradas con proyección regional. «Argentina en la década pasada logró muchos cambios para las mujeres que impactan en la región latinoamericana; aunque no consiguiéramos el derecho al aborto», explica y enumera: «La ley de erradicación de la violencia, la creación del Programa de Salud Sexual y Reproductiva, la Ley de Matrimonio Igualitario, la Ley de Identidad de Género y la Ley de muerte digna, que nadie la nombra. Cuando nos tocaba lograr el aborto, llegó Francisco (Jorge Bergoglio) al Vaticano y hubo un lugar de poder que todavía sigue compitiendo con el feminismo. Llegó en un momento que nos tocaba a las mujeres. Jugó una carta de poder más grande que la nuestra».

«Nos preguntan cómo seguimos, por qué se empoderaron los antiderechos: tenemos que construir más movimiento, más unidad, más movilización», cierra determinante. La respuesta, siempre, es más feminismo.

—

Marta Alanis es católica y feminista, educadora popular, activista social y política. Fundadora de Católicas por el Derecho a Decidir en Argentina (CDD, 1993), fue también presidenta de esa organización y está actualmente a cargo de las Relaciones Políticas e Institucionales. Impulsora la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito y fundadora del Fondo de Mujeres del Sur. Integra el Consejo Asesor del Programa de Salud Sexual y Reproductiva del Ministerio de Salud de la Nación.

—

María Florencia Alcaraz es periodista y licenciada en Comunicación. Cursa la Maestría en Estudios y Políticas de Género de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF). Publicó el libro *Que sea ley* (Marea, 2018). Codirige el portal feminista de noticias LATFEM, y fue fundadora del colectivo Ni Una Menos en Buenos Aires. Condujo el ciclo de entrevistas La Olla y trabajó en El Destape Radio.



MARIELA PUGA, DIRECTORA EJECUTIVA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR (2010-2016)

MARIELA PUGA, DIRECTORA EJECUTIVA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR (2010-2016)

«LA FORTALEZA DEL MOVIMIENTO FEMINISTA ES SU DIVERSIDAD»

—
POR LAURA LEONELLI MOREY

Cuando Mariela Puga estrenó el cargo de directora ejecutiva en el Fondo de Mujeres del Sur (FMS), el feminismo no había llegado a su momento de ebullición, a su salida del closet regional, a su apropiación por tantas miles de latinoamericanas que, cada vez con más fuerza y organización, impulsan la diversa y revolucionaria agenda del movimiento. A nivel global aún no se hablaba de la «cuarta ola» del feminismo, y en Argentina faltaban cinco años para que las calles rebalsaran de mujeres y jóvenes al grito de Ni Una Menos. La Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito llevaba un lustro de existencia; su símbolo ya era el pañuelo verde aunque entonces no se usaba en las calles como segunda piel, ni registraba el efecto expansivo que tiene hoy en muchos otros países de América Latina donde también es ícono de la lucha por el derecho a decidir sobre el propio cuerpo.

Hacía tiempo que se estaba preparando el terreno y las condiciones que sustentaron la explosión posterior. El año que fue entrevistada como candidata a directora ejecutiva, los feminismos llevaban décadas de construcción en Argentina, y el Fondo de Mujeres del Sur, una de las vertientes y resultados de esa construcción, daba sus primeros pasos en su mandato de movilizar recursos para fortalecer un movimiento de potencial tan transformador como expansivo. Un dato: ese año fue la 15 edición del Encuentro Nacional de Mujeres, que se llevó a cabo en Paraná, provincia de Entre Ríos, con una concurrencia que superó las 20.000 participantes.

Ese año, 2010, Mariela regresaba a Córdoba, donde están las oficinas centrales del FMS («el Fondo», como lo llaman quienes son parte de su equipo), luego de estar cinco años entre Buenos Aires –vivió allí por razones laborales– y Estados Unidos, donde estudió gracias a una beca Fulbright en la prestigiosa Universidad de Columbia (Nueva York). La razón que la llevó a elegir nuevamente Córdoba con proyecciones de permanencia no es un dato menor: «Lo hice por esas cosas que a veces tenemos las mujeres, incluso las ambiciosas, de privilegiar nuestra vida privada», reconoce.

Cuenta que la ahogaba pensar que su destino era vivir en una gran ciudad como Buenos Aires, donde reside un tercio de la población argentina. Mariela nació y se crió en Formosa, una de las provincias menos pobladas del país, limítrofe con Paraguay a través de los ríos Pilcomayo y Paraguay, situada al norte, lejos de los grandes centros urbanos argentinos y muy cerca de Asunción.

«Soy una provinciana, me gusta visitar a mis amigos casi todos los días. Eso para mí era muy fundamental de la vida. En Buenos Aires lo había perdido. Y hay una intensidad de estrés que te va deteriorando el buen humor, aunque a la vez me seducía tremendamente la vida profesional. A la primera oportunidad que tuve, que fue un

concurso para entrar a una organización ambientalista, me vine a Córdoba. Luego, cuando volví de Estados Unidos, otra vez las oportunidades laborales estaban en Buenos Aires, pero ahí tuve una buena excusa, me había enamorado de una cordobesa y eso me alcanzó para probar suerte nuevamente en Córdoba», recuerda.

Cuando ves lo importante que fue Ni Una Menos en cada pueblo de Argentina, te das cuenta que en muchas de esas localidades hay trabajo de grupos mujeres de base.

Fue entonces cuando apareció en su horizonte el FMS. «Estaba buscando trabajo y me llegó un mail de una amiga feminista con una convocatoria», cuenta. Envío su *curriculum vitae* sin muchas expectativas pues no venía de un activismo fuerte dentro del movimiento feminista, aunque como abogada de una organización ambientalista local se había vinculado con otras organizaciones no gubernamentales (ONG) que trabajaban por los derechos de las mujeres.

«Siempre estuve vinculada, pero no militaba. Era la abogada a la que llamaban organizaciones como Católicas por el Derecho a Decidir o Ciscsa¹. En ese momento se discutía la Ley de Salud Sexual y Reproductiva y la ONG Portal de Belén atacaba, y atacaba, y atacaba. Yo brindaba servicios ante esos ataques judiciales», cuenta.

Mariela recuerda que en la primera reunión, cuando aún no había quedado para el puesto, «Marta Alanis me preguntó si podría administrar un millón de dólares al año. Les dije que sí, sin mucha conciencia de lo que significaba. Creo que en la entrevista estuve bien porque mi paso por las ONG anteriores me dejó claro que el dinero no llegaba a las organizaciones de base, que había cierta representación de lo que les pasaba a las mujeres pobres pero que su voz no estaba demasiado en juego. Eso fue lo que más me atraía del Fondo de Mujeres del Sur y mi principal discurso respecto a qué debería hacer».

Cuando asumió como directora ejecutiva era la etapa de mayor crisis de financiamiento a las organizaciones sociales por parte de la cooperación internacional. «En ese momento cae todo el financiamiento para el movimiento feminista. Éramos cinco en el equipo del FMS y no teníamos un peso. Sobrevolaba una idea de que se acababa».

1 Centro de Intercambios y Servicios para el Cono Sur Argentina es una ONG sin fines de lucro que contribuye al fortalecimiento de las voces y organizaciones de mujeres y a la incidencia en políticas públicas vinculadas al derecho de las mujeres a la ciudad y el hábitat desde una perspectiva crítica y feminista.



Hoy la situación es diferente, hay un flujo importante de financiamiento, y ante la pregunta de si cree que el dinero está llegando nuevamente a América Latina o es el resultado de la mayor legitimidad del FMS, Mariela responde: «Un poco y un poco. No son las épocas de las vacas gordas pero tampoco la crisis de fines de 2010 a 2014. Por otro lado, hubo una preocupación fuerte nuestra de generar una estructura sólida, creíble, preparada. Y esta también era la idea de Marta Alanis y de las otras consejeras, que este era un fondo para manejar grandes sumas. Suponía hacer sacrificios en materia de construcción institucional: cuestiones legales, contables, estructuras de software, contar con gente con experiencia, infraestructura comunicacional».

El reporte trianual de 2011 al 2013 del FMS, tres de los cinco años en los que Mariela fue directora, no arrojan dudas del fortalecimiento institucional pero también del crecimiento como fondo de mujeres durante su gestión. En ese período se duplicó el

dinero movilizado, se creó y comenzó a implementar el programa *Construyendo una agenda de Derechos Laborales de las Mujeres* (a través del cual se apoyó a organizaciones de trabajadoras domésticas y costureras), se le dio continuidad al programa *Redes y Alianzas Libres de Violencias (REDAL)* y se desarrolló el programa *Fortaleciendo a las Defensoras Ambientales* que hasta el día de la fecha sigue vigente. También se abrió la oficina en Paraguay, que hoy cuenta con un equipo consolidado de tres personas.

El mandato del Fondo de Mujeres del Sur es traccionar dinero para que llegue a las mujeres organizadas, algo que ha venido haciendo de manera sostenida. Mariela piensa que realmente la organización ha ayudado a que se fortalezca y crezca el movimiento feminista. «Yo creo que sí, aunque este aporte no siempre se vea con claridad. En donde se vio muy bien, y es algo que trabajó la anterior directora ejecutiva, fue con la Ley de Matrimonio Igualitario (2010) en Argentina. ¿Te acordás cuando el Senado manda a que se discuta el proyecto de ley en las provincias?».

En ese momento se hicieron asambleas públicas en muchas de las provincias, con senadores presentes. «Participaban un montón de grupos que sin el financiamiento del FMS no hubieran tenido ni la estabilidad ni la posibilidad para construir sus discursos, posicionarse, llevar su pancarta. El apoyo fue clave en el proceso de la ley. Lo mismo sucedió con la Ley de Trabajadoras de Casas Particulares (2013). El proceso para la sanción de la ley estuvo signado por mujeres que apoyaba el Fondo de Mujeres del Sur. Salían a la calle, recorrieron avenidas de Buenos Aires con pancartas, se hicieron presentes de todos lados del país. Es interesante porque nosotras no apoyamos a la gran organización que le estaba hablando a la presidenta al oído, pero eran las organizaciones que estaban abajo las que le daban sentido a lo que se estaba diciendo, sobre quienes se estaba hablando. Demostraban que no eran tres personas

*El camino al mundo
ideal todavía hay que
encontrarlo, forjarlo,
inventarlo.*

que les hablaban a los políticos, allí estaban las mismas bases; las mismas personas involucradas estaban muy cerca. Y eso es un trabajo subrepticio pero que tiene impacto porque son mujeres que están hablando de eso en Jujuy, en Córdoba, en todos lados, no solo en Buenos Aires. Cuando ves lo importante que fue Ni Una Menos en cada pueblo de Argentina, te das cuenta que en muchas de esas localidades hay trabajo de grupos mujeres de base».

Mariela cuenta que la mayoría de esos grupos fueron impulsados e inspirados en el feminismo de los noventa y comienzos del 2000, y que con la crisis económica el FMS tomó la posta para seguir fortaleciendo el trabajo de las organizaciones de base. «Es clave financiar a académicas, a grandes organizaciones que tienen llegada directa a los políticos pero también existe un nivel que se ve menos pero es sustantivo, y es que el senador o el periodista que vuelve a su casa sienta que la gente que lo rodea está involucrada; esto genera una sensación de cambio social muy fuerte», asegura.

Cuando le pregunto, «¿y a vos en qué te impactó el Fondo de Mujeres del Sur?» Mariela se ríe. «El lugar de directora ejecutiva de un Fondo es complejo. Estás enamorada del movimiento, quisieras estar con las pancartas en las calles, y asegurarle el financiamiento a todas las organizaciones pero la mayor parte de tu tiempo estás buscando dinero, generando estrategias para conseguir ese dinero y luego, al asignarlo, es siempre escaso para las necesidades que tiene el movimiento. El lugar es tensionante; por supuesto te da un montón de satisfacciones pero a la vez vivís bajo el estrés de querer financiar a muchísimos grupos más de los que se puede. También es un lugar que te da una información y visión muy privilegiada del mundo movimentista con relación al financiamiento».

El eje activismo y dinero se vuelve un tema central de la conversación. «Es muy interesante la relación. Quizá la reflexión más fuerte que tuve mientras era directora ejecutiva, la que más me atravesó y me impulsó, fue darme cuenta que la dependencia del financiamiento internacional tenía muchos problemas. Por un lado, la



inestabilidad. Por otro lado, había mucha energía invertida en hacerle entender al financiador internacional cuestiones idiosincrásicas tremendas».

Mariela relata un suceso que vivió como directora ejecutiva y que grafica perfectamente esta cuestión. Un grupo de base de la provincia de Santiago del Estero, Argentina, necesitaba dinero para refaccionar una casa que usaría para sus actividades. «Habíamos conseguido unas holandesas que nos querían dar el dinero y nos dicen: “Pero tienen que tener la propiedad de la tierra”. ¡Pero si son campesinas que están luchando por la tierra y están ahí desde hace cientos de años! No tienen la propiedad de la tierra, no existe este concepto. Fue muy frustrante», relata.

Y reflexiona: «Entonces, te enojás, te cuestionás con quién estás hablando. Y luego te das cuenta que tu trabajo es ese, precisamente, hacerle entender a la filantropía que su dinero está bien invertido. Ahí comencé a tener contradicciones: invertíamos en la gestión de traer dinero internacional, que cuando llegaba parecía mucho, pero una porción importante teníamos que invertir en viajar, hablar, viajar, y una vez que lo conseguiste, en informes, más conversaciones».

Este panorama hizo que durante su gestión el FMS comenzara a apostar con fuerzas al área de Recursos Locales –la cual se ha consolidado a través de los años–,

con campañas que buscan sumar donantes individuales que aporten un pequeño monto mensual fijo a la organización.

Si bien en esas estrategias también hay que invertir, especialmente en países latinoamericanos donde la cultura filantrópica no es fuerte, ella sostiene que «hay un horizonte, una esperanza: tener en algún momento una cantidad fija de donantes que sostengan el apoyo a las organizaciones de su propio país, de su propia ciudad, sería el horizonte de lo ideal. Y hay una agenda política interesante: cuando convengo a una persona de mi ciudad que done individualmente un pequeño monto mensual para una organización chiquita de su país, además estoy sumando un aliado político al movimiento feminista, y eso también es activismo. Que el donante individual pueda ver de primera mano qué pasa con su dinero, y no a través de un informe relativo a un marco lógico, aumenta nuestra responsabilidad política como institución por la inmediatez con el donante, y eso es muy sano. En un mundo ideal, yo creo que el dinero que va a las organizaciones debería ser todo dinero de financiamiento local, y los dineros internacionales deberían estar dirigidos solo al sostenimiento de la infraestructura del fondo, que funcione como una institución de activismo que procura donantes locales. Pero el camino al mundo ideal todavía hay que encontrarlo, forjarlo, inventarlo».

Su fuerte relación con lo académico estuvo antes, durante y después de su paso por el FMS. «Mi gran pasión siempre fue el derecho, no sé si la academia, estoy en el medio entre una perspectiva puramente teórica y la profesionalista. Yo venía de una formación liberal, y el feminismo fue mi primer sacudón de autocuestionamiento. Conocer los grupos de base

Fueron demasiados años los que fuimos ignoradas. Que nos vean como una de las cuestiones políticas más importantes evidencia de lo bien que lo hicimos y lo estamos haciendo.

a través del Fondo de Mujeres del Sur, y entender la relación dinero-activismo me hizo ver muchas formas en que el derecho liberal jugaba un rol decisivo en las estructuras de sometimiento de las mujeres. Comencé a identificarlo por todos lados».

Su punto de inflexión, dice, sucedió cuando comenzó a detectar muy claramente «algo que ya sabía» pero que no había hecho consciente del todo, esto es, que ninguna mujer había participado en la sanción del Código Penal y Civil ni en la redacción de la Constitución Nacional, que las mujeres no tuvieron presencia en los procesos del hacer y aplicar las leyes fundantes del derecho argentino. Sobre esto habló en una audiencia en el Congreso Nacional argentino, en el marco de la discusión por la legalización del aborto durante el 2018.

«Claro. Yo ya había pensado y escrito sobre el aborto. Probablemente, diez años antes, mi intervención en el Congreso habría sido sobre dogmática y teoría de la interpretación penal. El FMS me comenzó a interpelar desde otro lugar. Cuando las mujeres campesinas nos contaban que le tenían que pedir permiso a los maridos para salir a reunirse. Y una vez que se comenzaron a reunir, a hablar de lo que les pasaba, en ese proceso de subjetivación se daban cuenta que ellas quedaban fuera de todo y que ellos decidían todo sobre ellas. Ahí comencé a darme cuenta que buena parte de la subjetivación del movimiento estaba en el descubrir todos esos lugares de decisión de los que estábamos excluidas y que el derecho era el discurso por excelencia en el que las mujeres han estado excluidas y que, sin embargo, habla de las mujeres, rige las vidas de las mujeres, juzga y condena a las mujeres».

Mariela considera que la gran explosión del feminismo en países como Argentina se debe a que las feministas «estábamos preparadas», y tiene una lectura de alguna manera optimista cuando piensa en el surgimiento de discursos de derecha y de raigambre internacional contra lo que llaman la «ideología de género» y que ven al feminismo como el gran enemigo.

«Desplazamos hegemonías discursivas no por lo que sucedió en dos años, sino porque llevábamos cincuenta años de historia, de construcción y de repente una coyuntura política permitió que nosotras tuviéramos las herramientas para desplazar esa hegemonía. Estábamos preparadas. La gente comienza a ver lo que significa el patriarcado en su vida cotidiana porque toda la prensa y todos los que están hablando del tema lo hacen con un nivel de sofisticación y seriedad que es producto de una construcción teórico-discursiva de muchos años», reflexiona.

Ante la pregunta sobre la violencia de las reacciones contra los feminismos que se ven últimamente, si su origen es el cuestionamiento de las estructuras de poder y su disputa, Mariela dice: «Fueron demasiados años en los que fuimos ignoradas. Pasar de no ser escuchadas a que nos vean como amenaza, nos estereotipen y nos sitúen como una de las cuestiones políticas más importantes sobre lo que discutir también puede ser leído como síntoma o evidencia de lo bien que lo hicimos y lo estamos haciendo».

Respecto de la participación de las mujeres en la política tradicional, cree: «Vamos a tener que aprender algo que no hemos hecho hasta ahora seriamente: jugar como feministas dentro de los partidos. Hemos jugado más como militantes de partidos dentro del feminismo. Afortunadamente, sigue habiendo en el feminismo mucha crítica interna, algo que los partidos suelen perder. La feminista disidente, la radical, la integracionista, etcétera, no se han callado nada ni han dicho “vamos a mostrar unidad para afuera”. Eso que es tan común en la disciplina partidaria: la censura. Esto es lo interesante de esta lucha cultural, porque, sin embargo, y pese a las mil voces discutiendo dentro de nuestro movimiento, lo que se ve desde afuera es que el feminismo está creciendo, no que está dividido».

El Fondo de Mujeres del Sur apoya distintos feminismos, y cada vez se escucha más fuerte la crítica al feminismo «blanco», de los privilegios, de universitarias, con trabajo. «Fue siempre mi principal interpelación, en especial en mi militancia en el FMS porque la militancia del dinero es, por un lado, una creación blanca pero, a la vez,

pretende construirse a partir de la idea de que es necesario financiar a las bases y la diversidad dentro del movimiento que tienen menos acceso a los recursos».

Para Mariela, los Fondos de mujeres son un reflejo de un movimiento único ya que, al contrario de lo que podría operar como un divisor de aguas en otros movimientos, las mujeres están siempre pensando cómo apoyar su diversidad y fortalecerse de ella, «cómo tratar de suturar esta tremenda, porque no es poca, grieta que existe entre un discurso feminista generado en universitarias blancas y los feminismos que van brotando por distintos lugares sin acceso a recursos, con agendas urgentes y diferentes», asegura.

Esa diversidad, que también es grieta, para ella favorece al feminismo. «Creo que es una de las cosas más valiosas que tiene el feminismo como movimiento social; todas la sufrimos en algún sentido, obviamente. Recibís acusaciones de que tu feminismo no es bueno; se critica cada una de tus decisiones en espacios de poder, la vida dentro del movimiento es áspera, mucho más que si estás en el movimiento ambientalista, o en algún otro. Pero eso también es parte de lo que hace tan valioso al movimiento. Las discusiones son intensas, pero reconocemos que esa interpelación es válida, y es de la cual depende nuestra legitimidad. La sororidad que la articula, la hace disfrutable y apasionante».



Mariela Puga es abogada, doctora en Derecho Constitucional, docente, investigadora y feminista. Hasta enero de 2020, fue coordinadora Regional de la Dirección Nacional de Acceso a la Justicia. En 2013, recibió el «Premio Corte Suprema de Justicia de la Nación» por su trabajo sobre «Control de Constitucionalidad Estructural». Fue directora ejecutiva del Fondo de Mujeres del Sur en el período 2010-2016.

—

Laura Leonelli Morey es activista feminista, abogada y licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Tiene además un máster en Estudios Internacionales de la Universitat de Barcelona. Trabajó diez años en el periódico *La Voz del Interior*, en el que escribía sobre derechos de las mujeres y personas LGBTIQ+ y fue asesora de la Legislatura de Córdoba. Formó parte del colectivo de comunicadoras y periodistas Ni Una Menos (Córdoba). Integra la dirección colegiada del FMS como coordinadora de Recursos Internacionales.



CARMEN BERAMENDI, CONSEJERA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

CARMEN BERAMENDI, CONSEJERA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

«HAY QUE ALENTAR A OTRAS»

POR AZUL CORDO

Hay una cosa que Carmen Beramendi no regalaría nunca. Si se tuviera que ir del país, se llevaría ese dije de madera y el pijama suavcito. Lo demás es construir con otras y otros: ver, juzgar y actuar.

Una mujer política completa, militante parroquial y estudiantil –secundaria y universitaria–, tupamara, comunista, líder sindical, diputada, senadora, exdirectora del Instituto Nacional de las Mujeres del Uruguay, actualmente coordinadora de Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) Uruguay, Carmen también es consejera del Fondo de Mujeres del Sur (FMS), «un lugar donde nadie compite», dice.

Se define como «muy militante», y «cuestionadora de las prácticas dominantes» desde que empezó –a principios de los años sesenta– con su amiga-hermana-elegida-de-la-vida-y-del-alma, Raquel Andreoni, la militancia parroquial en los «cantegriles» («villas miserias» en Argentina, hoy «asentamientos» en Uruguay) cuando ambas tenían 13 años. Así, conjugaba el ambiente familiar de militancia política, con el padre wilsonista que votaba al Partido Nacional, y el compromiso cristiano de la madre en la Capilla Jackson.

Carmen y Raquel salían a recorrer las casas bajas y humildes cercanas al arroyo Miguelete. «Nosotras habíamos decidido que lo más importante era que les niños compartieran espacios de socialización y, en todo caso, desarrollaran y construyeran una idea del amor a los demás a partir de las prácticas que les enseñábamos, sin cumplir estrictamente con el esquema que llevaba al aprendizaje del catecismo. Por lo tanto, hubo desde temprano una idea muy disruptiva de lo mandado».

En ese barrio, ubicado entre la parte de atrás del Jardín Botánico y una de las principales arterias de ingreso a la capital (Bulevar Artigas), las amigas-hermanas eran parte de un grupo de jóvenes que se rebelaban a lo establecido por instituciones como la Iglesia católica y se reunían secretamente con unos curas jesuitas, «que eran muy revolucionarios en términos de sus posturas». La militancia cristiana pasó a ser una militancia más política, buscando la forma de resolver directamente cuestiones que eran de promoción directa de la gente, para que salieran de las terribles condiciones de vida que tenían en esos lugares.

Las tareas de fomento de una vida más digna iban de la mano con un espacio de reflexión en grupo que se llamaba: «Ver, juzgar y actuar». «Colocábamos un problema, cualquiera que ocurriera y, cuando decías juzgar, jamás tenías que juzgar a las personas si no el hecho y la actitud que la persona había tomado». Era una militancia orientada a la juventud de estudiantes católicos, por curas que querían cambios en el Uruguay a partir de la crisis política y económica, que se profundizaba desde mediados de los sesenta.

Esto iba de la mano con la militancia en el colegio secundario donde, junto a Juan Pablo Schroeder –el primer amor–, Carmen armó un periódico en el que intentaban visibilizar los cambios que necesitaba el país, con la pobreza como principal preocupación. En la facultad, pronto se volvería una de «los bravos de Medicina». Era la mujer más votada en aquella agrupación estudiantil. Esto le permitió entrar en las reuniones secretas que mantenían sus compañeros –lo hacían así por seguridad, en un clima represivo que crecía bajo el gobierno de Jorge Pacheco Areco–, y uno de ellos no quería convocarla porque para él las mujeres no sabían guardar un secreto. Ante este comentario, otro de los compañeros amenazó con retirarse si Carmen no se quedaba, remarcando además que ella tenía más votos que el prejuicioso. Así, aunque la primera vez que habló en público le salió muy mal –dice–, ella se quedó, participó y construyó junto a sus compañeros de estudio. Y cuenta que «igual hay mañas machistas que cuesta quitar»: hace poco, esos compañeros armaron un

grupo de WhatsApp y, ante el pedido de las compañeras de llamarlo «las bravas y los bravos», no hubo quórum.

Veníamos de una militancia muy comprometida con los procesos, con los barrios, construir con otros. Esto es una cuestión que me siguió casi siempre.

«Yo me integré a la militancia en el MLN (Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros) como consecuencia de esta militancia con la Teología de la Liberación y todo lo demás. La palabra “liberación” para mí era muy convocante. Mucho más que la palabra “tupamaros”, la palabra liberación estaba relacionada a mi militancia cristiana», recuerda Carmen. Los Bravos eran «pro-MLN», así que todo iba de la mano.

Muy pronto encontró en la militancia del MLN una lógica «vanguardista», algunos «esclarecidos» que se ponían a opinar sobre el accionar de los demás, una lógica que le rechinaba: la idea de salvar a los otros. «Veníamos de una militancia muy comprometida con los procesos, con los barrios, construir con otros. Esto es una cuestión que me siguió casi siempre, en términos de mis opciones y mis definiciones, de los pasos que fui dando».



En 2019, con el debate en torno a la paridad en la elección de la fórmula presidencial, la postura de muchos políticos fue la de poner en discusión la «capacidad» de las mujeres para ocupar el cargo de presidenta o vicepresidenta del país. Beramendi repasa las veces que ganó cargos por concurso y por votación, llevándose un alto porcentaje de los votos o el mayor puntaje, en cargos que hasta quedaron trancos, como el concurso para ocupar la cátedra de Bioquímica en octubre de 1972: aunque estaba cantado que ganaba por el nivel con que planificó aquella clase de fotosíntesis, fue secuestrada por los militares y comenzaría allí una prisión política de casi siete años. «Si nos permitieran concursar, la política estaría llena de mujeres», dice.

La detuvo Manuel Cordero, la interrogó José Gavazzo, la despidió del penal el Pajarito Silveira. Tres militares de renombre en el terrorismo de Estado uruguayo, que todavía gozan de impunidad, ante la falta de verdad y justicia sobre el destino de los 192 desaparecidos y por delitos de lesa humanidad cometidos contra miles de presas y presos políticos.

En el Batallón 9 de Caballería la recibieron con mensajes en el baño. Las compañeras estaban ahí, aunque no las viera. Tras semanas de aislamiento y tortura, con su beba Laura de 8 meses pared de por medio, y bajo la promesa militar de que no la volvería a ver, Carmen lloró. Quería estar con su hija y lo consiguió. Se había prometido no llorar, pero la tristeza e impotencia pudieron más. Allí pasó Laura los primeros tres años de vida, alguna vez las usaron como escudo humano cuando salían a hacer *razzias* para detener a otros militantes.

«Unas horas de bancamiento», así le decían a esas dos horas en que un grupo de compañeras quedaba a cargo de cuidar a niñas, niños y bebés que compartían prisión con sus madres, mientras otra parte del grupo se juntaba a hablar de sí mismas. Así también iban a llamar a un libro que recogía relatos de cómo habían vivido Carmen, Marisa Malcuori y Graciela Valdés la prisión política, pero para las editoriales «no era un tema de interés». Luego vendrían las reconocidas memorias varoniles del calabozo, que instauraron un relato unívoco, mientras las presas políticas continuaban reuniéndose

en libertad para tejer relatos colectivos, múltiples, diversos, como los reunidos en los libros *Maternidad en prisión política*, *Memorias para armar* o *La sal de la vida*.

Así es como fue la más votada siendo dirigente estudiantil, y también lo fue en el Sindicato de la Pesca. Había empezado a trabajar en 1982 al ganar el cargo de jefa de control de calidad en la empresa pesquera Promopes. Cuando entró a la dirección sindical era la única mujer de veinte integrantes; cuando se fue en 1989, siendo presidenta del gremio, había diez mujeres y diez varones. En la búsqueda permanente de sostener con otras un proyecto político y hacer cosas para acabar con las situaciones de desventaja que tienen las mujeres en distintos ámbitos de la vida, durante los siete años de dirigencia sindical había propiciado asambleas de mujeres en la media hora de descanso de la planta pesquera, y media hora más que lograba al convencerlas de que esas reuniones, entre ellas, eran importantes. Cuando algunos se asomaban, allí estaban las compañeras pidiendo la palabra, haciendo oír sus voces, propuestas, exigencias. No era que no quisieran participar, no habían tenido la oportunidad de tomar el micrófono, ni de conciliar su vida pública con la privada. Juntas se fortalecían y se fueron afiliando al sindicato.

Se puede construir otro poder con y por la gente, hay que alentar a otras.

Luego vendría el cargo de diputada por el Partido Comunista en los noventa, la formación en género y feminismo, la dirección del Instituto Nacional de las Mujeres, órgano rector de las políticas de género, creado en 2005, durante la primera presidencia del Frente Amplio.

Como diputada, encontró a otras pares «muy modestitas», de perfil bajo ante lo mal visto que sigue siendo que las mujeres tengan protagonismo en política. Al plantear «frontalmente» las diferencias y explicitar los conflictos no le ha ido necesariamente bien, pero «a la larga se construye más legitimidad». El ejercicio de la representación y del poder se aprende. «Hay una demonización del poder en la política porque

el poder que conocemos tiene la carga negativa de ese poder patriarcal, pero se puede construir otro poder con y por la gente, hay que alentar a otras», confía.

Después de ser diputada, y habiendo participado a título personal del Espacio Feminista que se reunía en el Grupo de Estudios sobre la Condición de la Mujer Uruguaya (Grecmu), comenzó la formación académica con un posgrado en la Universidad de Chile, para conectar el estudio con el sentido del hacer político: «Es importante desarrollar la capacidad de reflexionar en esa dialéctica de teoría y práctica, una revisión crítica que no nos haga detenernos en una postura rígida. Como es un movimiento contrahegemónico, la lucha por legitimar el conocimiento desde el feminismo es permanente».



La sede de la Flacso Uruguay, un espacio de posgrados que Carmen dirige y ha crecido desde 2012, es el lugar de encuentro para esta entrevista. Un espacio que Silvana Darré le invitó a crear unos años atrás, con el primer Diplomado de Género y Políticas de Igualdad en el país, que actualmente capacita a buena parte del funcionariado a cargo de transversalizar políticas públicas con perspectiva de género.

*Como es un movimiento
contrahegemónico,
la lucha por legitimar el
conocimiento desde el
feminismo es permanente.*

desde el Sur o Fortaleciendo a las Defensoras Ambientales; que apoye la participación en encuentros de mujeres, y brinde recursos a campañas como la del Aborto Legal, Seguro y Gratuito en Argentina.

Al Fondo de Mujeres del Sur llegó después de una llamada de Ana Falú y quedó prendida como consejera desde que le dijeron que era un fondo que quería hacer llegar recursos a organizaciones de base. Valora que el FMS construya oportunidades y liderazgos femeninos a través de programas como *Liderando*

A Carmen le gusta conversar con la gente, como hizo en la campaña durante las elecciones internas (o primarias), megáfono en mano, en el centro montevideano. Por eso le gusta también que parte de la recaudación de fondos del FMS sea a través de jóvenes en las calles, que tienen que desarrollar argumentos para convencer a otros sobre por qué las mujeres precisan recursos para hacer determinadas cosas.

El FMS significa una combinación de reflexión, intercambio y confianza política e ideológica: «Me engancha esa mezcla de lo conceptual y vivencial que tenemos entre las consejeras. Los Fondos para mujeres en América Latina tienen mucho potencial en un contexto donde los gobiernos de derecha avanzan y será clave contar con recursos para incidir y apoyar especialmente a los sectores populares».

Carmen toma el estuche bordado, descolorido, que le trajo un amigo de Colombia. Ahí guarda eso que no regalaría, lo que se llevaría si se tuviera que ir del país: un dije de madera, el Quijote tallado hace cuarenta años, en la cárcel, por su compañero Donato Marrero. No más grande que un pulgar, con un trabajo que parece de filigrana. Carmen lo roza apenas, lo mira, lo aleja para imaginarlo colgado en su cuello otra vez. Cuando termina una gestión, en cada espacio político o educativo donde ha estado, se propone revisar en qué situación estaban las mujeres antes y después de que ella pasara por allí: «Al final de la historia, hacía la cuenta».



Carmen Beramendi es militante feminista. Fue dirigente sindical y política. Diputada nacional en el período 1990-1995 por el Frente Amplio. Licenciada en Psicomotricidad, realizó estudios de posgrado para especializarse en género. Fue responsable del diseño y ejecución del Primer Plan Nacional de Igualdad de Oportunidades y Derechos en Uruguay. Actualmente, es directora de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) Uruguay, y se desempeña como docente, investigadora y coordinadora académica del Diplomado Superior en Género y Políticas.



Azul Cordo (La Plata, 1985). Periodista. Licenciada en Comunicación Social y diplomada en Género y Políticas de Igualdad. Actualmente trabaja en Radio Mundo Real y colabora en el Semanario Brecha (Uruguay) y en Latfem (Argentina). Coordina talleres de crónicas y otros espacios de docencia y escritura creativa. Ha publicado en informes del Servicio Paz y Justicia-SERPAJ Uruguay (2015 y 2016), del Comité de los Derechos del Niño de Uruguay y del Centro Frayba-México (2014).



ANA FALÚ, CONSEJERA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

ANA FALÚ, CONSEJERA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

«PUDE VER LA RELACIÓN DE LAS MUJERES CON EL TERRITORIO»

—
POR LAURA GIUBERGIA

Una hoja en blanco y un lápiz.

Ninguna descripción simplificada le haría justicia a su trayectoria, pero ella recurre a una imagen estructural para condensar la historia de su vida: tres pilares. Así va construyendo el perfil de sí misma, con un costado académico vinculado con la docencia y la investigación; otro relacionado con el activismo y la política; y finalmente, su experiencia en el ámbito de la gestión y el hacer.

Dibuja tres líneas sobre la hoja.

Nacida en Tucumán, Ana Falú inició su militancia en la escuela secundaria. Luego estudió arquitectura, y en 1976 se exilió en Brasil con su marido y sus dos hijos. Se reconoce amante de los niños y admite que hubiera deseado tener más. «Por lo menos cuatro hubiera querido, pero me quedé con mi pequeña familia», aclara. Las condiciones no fueron propicias durante el exilio, y al final de este se divorció. «Después formé una nueva pareja, quedé viuda, y ahora tengo un nuevo compañero quien vive la mitad del año en Suecia», cuenta. En las paredes de su estudio se escribe la historia del crecimiento de sus nietos, cinco varones, que con cierta periodicidad fueron marcando cuánto sus cabecitas se alejaban del suelo.

Cuando «la represión feroz de la dictadura genocida» la obligó a irse del país, empezó por Brasil, para luego continuar su exilio en Holanda y en Ecuador. Recién en 1985 se reinstaló en Argentina, y eligió Córdoba, con un paréntesis: «El 10 de diciembre de 1983 estuve en Plaza Italia bailando la democracia, con la alegría de que Ricardo Alfonsín era el presidente de los argentinos», recuerda. Y la emoción que la atraviesa se hace visible en su piel y en la humedad de sus ojos, y también en la forma de pronunciar y entonar la palabra que eligió para describir ese fugaz retorno: «Fuerte».

La lucha por los derechos de las mujeres fue para Ana el puntapié de su militancia feminista, mirada que se complejizó desde el exilio. «En Holanda empecé a vincular la profesión con los derechos de las mujeres, pero el momento bisagra fue trabajando con las comunidades indígenas de Ecuador: a partir de lo que estaba haciendo como arquitecta pude ver la relación de las mujeres con el territorio, y es ahí cuando realmente hago el *inside*, la articulación, entre el territorio y las mujeres», describe. Y acota: «Nunca más pude dejar de pensarlo de ese modo y mi vida se fue construyendo en torno a ello».

Con las comunidades indígenas en Ecuador, a partir de lo que estaba haciendo como arquitecta, pude ver la relación de las mujeres con el territorio.

A cada idea le corresponde un trazo. A veces son palabras, otras veces figuras, también aparecen flechas. Todo empieza a vincularse. Y así como mi cuaderno se va llenando de sus palabras, la hoja en blanco que ella había dispuesto en la misma mesa se va transformando en un mapa conceptual en el que todo acaba estando relacionado. Aunque no hablamos de la docencia, intuyo que es el alma de la profesora que lleva dentro la que se manifiesta en esos bocetos de ideas que van hilando un discurso que tiene mucho más sentido que el literal.

«Mi tema eje siempre ha sido la vivienda social, y aunque sigo pensando en políticas de vivienda, ya no puedo dejar de ponerlas en la óptica de los derechos de las mujeres», explica, y apunta que ya no se trata únicamente de la diferencia entre varones y mujeres, sino de varones y mujeres situados en un determinado territorio.

Así, el territorio se transforma en el escenario que visibiliza las desigualdades entre los géneros que tanto preocupan en lo social. «Apenas inaugurada la democracia hicimos el primer trabajo en Córdoba sobre mujeres y vivienda, analizando el caso de Quintas de San Jorge. Más tarde estudiamos cómo se relacionan los servicios públicos con las mujeres, en las distintas etapas de sus vidas», recuerda. Y menciona también investigaciones sobre el uso del tiempo y del espacio que fueron iniciales, si bien acotadas, para otros estudios en Argentina y América Latina. Todas estas experiencias consolidaron un acumulado de producción de conocimiento y convergieron en el estudio de las violencias en los espacios públicos, nacido del convencimiento de que había que estudiar cuánto y cómo el territorio propicia esas violencias que sufren las mujeres por el solo hecho de serlo, por las lógicas patriarcales y androcéntricas de nuestras sociedades.

Ya dije que ninguna descripción simplificada le haría justicia a su trayectoria, pero el Centro de Intercambios y Servicios para el Cono Sur Argentina (CISCSA) refleja buena parte de esa historia. Apenas regresó al país tras el exilio, Ana fundó junto al arquitecto Fernando Chaves, su marido, esta organización no gubernamental que tenía la voluntad de trabajar en temas vinculados a la producción social del hábitat y la vivienda. Orientada a la relación vivienda y ciudad, CISCSA se volvió cien por ciento feminista en muy poco tiempo.

Como directora ejecutiva destaca entre los mayores logros la capacidad de incidencia que ha logrado CISCSA no solo en la política pública, ampliada a través de articulaciones, sino también en la formación de recursos. «Es un cantero de formación de recursos humanos en feminismo: personas que han pasado por allí y hoy ocupan lugares en

otros espacios, como la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), multiplicando y potenciando lo adquirido», rescata.

También se precia, orgullosa, de haber sido pionera en la instalación del tema de las violencias en el espacio público desde la perspectiva de género. «Escribimos en esta oficina el primer proyecto para América Latina inspirado en otras experiencias, en particular de Canadá, dando la impronta y la visión propia de América Latina, y terminó siendo un proyecto regional que se implementó en siete ciudades y se transformó en un programa global sobre ciudades seguras para las mujeres», destaca, y apunta que en la solidez de los argumentos, en la novedad de las acciones, en los resultados probados, estuvo la clave para poder jerarquizar un tema novedoso en las agendas de investigación.

«Una ciudad segura para las mujeres será la que adopte los principios del urbanismo feminista, es decir, colocar en el centro de la agenda urbana las desigualdades, reconocer la omisión de sujetos sociales como las mujeres, los cuerpos disidentes, las opciones sexuales; promover la calidad de vida de los espacios de lo cotidiano: los servicios de proximidad, el transporte seguro y accesible; las infraestructuras urbanas pensadas en clave de redistribución territorial, la microfísica del espacio barrial, el barrio y sus servicios pensados en clave de mujeres, que somos las cuidadoras de la humanidad».

Para Ana es central la política vinculada a los servicios de cuidado infantiles próximos a donde las mujeres viven y con amplitud de horarios. «Faltan políticas en ese sentido, o las que existen son insuficientes, y no hay mujer empoderada, ni mujer ganándose su ingreso, ni haciendo uso de su libertad si no puede disponer de su tiempo», apunta.

Aunque sigo pensando en políticas de vivienda, ya no puedo dejar de ponerlas en la óptica de los derechos de las mujeres.

Sin otorgar un orden jerárquico, evalúa otro eje central la violencia en el espacio público, la desigualdad, que generalmente se manifiesta con indicadores económicos, es en realidad una desigualdad de derechos: el derecho al cuidado, a la salud, a la educación, a la seguridad. Vivir en barrios alejados, con transporte escaso o malo, con poca iluminación, sin trabajo con la comunidad, hace que ese territorio sea propicio para la violencia. Aunque, claro, no es el territorio el origen de la violencia sino el propio patriarcado en su necesidad de dominar y subordinar mujeres.

«Las mujeres seguimos siendo ciudadanas de segunda», sentencia. Y habla de la representación mayoritaria femenina dentro de la pobreza, y del crecimiento de la cantidad de mujeres solas a cargo de sus hogares, y a su vez, del incremento del número de personas a cargo de esas mujeres. «Ya no son solo los hijos, sino también los adultos mayores, hermanos o hermanas, los hijos de las hijas, y así sucesivamente, porque hay hogares ocultos dentro de estos hogares a cargo únicamente de mujeres», ejemplifica.

El primer contacto de Ana con el Fondo de Mujeres del Sur (FMS) fue como directora de ONU Mujeres, en donde trabajó entre 2002 y 2009. «Primero para la Región Andina y luego para los países del Cono Sur y Brasil; y fue en esa última etapa que tomé contacto con el FMS», recuerda. «Los Fondos ya venían construyendo su identidad como tales



e impulsando la importancia de aportar a grupos de mujeres que demandaban ser fortalecidos. En esa búsqueda de aportes de la cooperación internacional fue que desde ONU Mujeres apoyé a los Fondos y entre ellos, al Fondo de Mujeres del Sur, que estaba en sus inicios», repasa.

*No hay mujer empoderada,
ni mujer ganándose su
ingreso, ni haciendo uso
de su libertad si no puede
disponer de su tiempo.*

Considera crucial la intermediación que realiza el FMS para que la cooperación internacional efectivamente llegue a las organizaciones territoriales que surgen a partir de una problemática puntual. «Son iniciativas que generan círculos virtuosos, muy nobles», afirma. A dos años de haber dejado su cargo en Naciones Unidas le ofrecieron ser parte del FMS como consejera, posición que ocupa con agrado, compromiso y mucha responsabilidad.

«Exponencial» es la palabra con la que describe el crecimiento del FMS desde su fundación, y augura para los próximos años un crecimiento aún mayor. «Estoy convencida de que el Fondo de Mujeres del Sur tiene un futuro extraordinario, y no es solo un deseo, sino que realmente creo que va a crecer muchísimo más», vaticina Falú. Y hace un llamado –y crítica a la vez– a los Fondos para el desarrollo y los de la cooperación internacional, afirmando que los países más ricos del mundo, a pesar de sus compromisos con los objetivos de desarrollo sostenible, destinan pocos recursos para alcanzar la igualdad de géneros y empoderar a las mujeres.

La capacidad del FMS para vincularse con las mujeres en los territorios, con sus necesidades y sus carencias, es el mayor potencial para esta modalidad de movilización de recursos tanto financieros como técnicos.

Liderando desde el Sur es un programa del FMS al que resalta como «histórico», a través del cual se financia a más de treinta organizaciones que defienden activamente los derechos

de las mujeres. Es una iniciativa conjunta con el Fondo Africano para el Desarrollo de las Mujeres, el Fondo de Mujeres de Asia y el Foro Internacional de Mujeres Indígenas. Este proyecto se implementa activamente en 21 países de América Latina y el Caribe, e indirectamente en 22. «Es un salto cualitativo en cuanto a apoyos importantes, que se consolida en un concurso competitivo, abierto, democrático, con distintos niveles de apoyo. Lo entiendo como un muy buen ejemplo de hasta dónde pueden llegar los Fondos», describe.

La encendida defensa de los derechos de las mujeres que hoy embanderan las generaciones más jóvenes es, para ella, la mayor fuente de esperanza para la concreción de los ideales que desde siempre han sostenido las feministas históricas.

«Voy a las marchas y lloro de la emoción de ver que lo que predicábamos, que a veces parecía en el desierto, se ha transformado en el grito de miles de voces, de jóvenes maravillosas que levantan las consignas contra la violencia y van por más derechos», refiere en alusión al Ni Una Menos, la marea verde, el 8M. Y se vuelve a emocionar, y no es metáfora que se le humedecen los ojos cuando habla.

Siente una suerte de agradecimiento hacia los movimientos que mantienen encendido el sueño de la utopía de transformación, la ilusión de conquistar más derechos,



y valora que pese a no haberse aprobado la ley de aborto legal, seguro y gratuito, «ganamos esa batalla en las calles, en la no criminalización del aborto». Y un rosario sobre su ventana dibuja un útero y reza: «Basta de rosarios en nuestros ovarios».

Del llavero del placard cuelga una muñeca de tela, pelirroja, con el pañuelo verde del aborto legal. Un pin en su biblioteca recuerda que lo fundamental es nuestro deseo.

Entre tanto simbolismo de militancia feminista surge el cuerpo de la mujer como el primer territorio en disputa. Porque si las mujeres no decidimos sobre nuestro propio cuerpo, no vamos a poder decidir nada más: «Es la primera apropiación, la que más nos fortalece e identifica, porque las violencias son el resultado de restringir libertades, restringir decisiones».

Y los tres pilares que sostienen lo que Ana Falú dice que ella es se entrecruzan por todas partes: en los cientos de libros que reposan en su biblioteca, en sus fotos, en las flechas del mapa conceptual que vienen y van, suben y bajan. En los recuerdos de tantas luchas que se encuentran en su estudio. Su lugar.



Ana Falú es referente argentina con trayectoria global en la lucha por los derechos humanos y los derechos de las mujeres. Pionera en la región en temas vinculados al derecho de las mujeres a la ciudad. Es arquitecta, profesora e investigadora. Ha sido directora del Instituto de Investigaciones de Vivienda y Hábitat de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) y cofundadora de la Red Mujer y Hábitat de América Latina, de la Articulación Feminista Marcosur y de CISCOSA, organización de la que es directora ejecutiva. Actualmente es asesora en género para ONU Hábitat y consejera del Fondo de Mujeres del Sur.

—
Laura Giubergia es periodista y licenciada en Comunicación Social, ocupada en incluir la perspectiva de género en los medios de comunicación. Desde 2006 se desempeña como periodista en medios como *La Voz del Interior* y *Día a Día*. Integró el colectivo Ni Una Menos Córdoba.



CARMEN COLAZO, CONSEJERA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

CARMEN COLAZO, CONSEJERA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

«SOLO LA ACCIÓN PLANIFICADA Y ORGANIZADA DE LAS MUJERES FAVORECERÁ EL AVANCE DE GÉNERO»

POR NOELIA DÍAZ ESQUIVEL

La sororidad entre mujeres es lo que permite la organización y, con ello, la conquista de derechos. Así lo asegura Carmen Colazo, quien señala: «Como feminista, creo que todo el proceso de adquisición de derechos ha sido realizado por el movimiento feminista y de mujeres, a quienes nada se les ha regalado. Todo lo que se ha conseguido en estos dos últimos siglos son obras de las propias mujeres organizadas impactando en el Estado».

En Paraguay, su aporte llevó a que se instituya, por primera vez, una Secretaría de la Mujer dentro del Poder Ejecutivo, institución que alcanzó la categoría de ministerio. Si bien la energía feminista tiene a Carmen movilizadora desde hace cuarenta años, en medio de la vorágine, en una lucha por la igualdad para las mujeres y personas LGBTIQ+, ella habilita un espacio para revisar su trabajo.

«En el año 1989, con mi exmarido, paraguayo y compañero de estudios en Córdoba, nos trasladamos a Asunción debido a que su familia estaba exiliada desde hacía 35 años por ser disidente a la dictadura de Alfredo Stroessner. Al llegar a Paraguay comencé a participar de las organizaciones de mujeres dispuestas a reconstruir el país en la transición a la democracia, y gestar una nueva legislación y nuevos derechos. Participé de la reforma al Código Civil con la doctora Mercedes Sandoval de Hempell

desde el año 1989 hasta 1992. Desde la Multisectorial de Mujeres del Paraguay, que integré, comenzamos a organizar la creación de la Secretaría de la Mujer con rango ministerial, y lo logramos por ley, la 52 de 1992. Fui autora de esa ley junto con la senadora Ligia Prieto, del Partido Liberal Radical Auténtico».

Carmen relata que nació en Córdoba, Argentina, y se reconoce feminista desde los 23 años. Hoy, a sus 64, dice: «Soy una feminista “histórica” de la región, como ahora me llaman a pesar de mi avanzada juventud».

Estudió y compartió siempre, como un libro abierto, todo lo que tuvo la oportunidad de aprender en la academia y en la experiencia de transitar la vida. Es abogada y licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC); Magíster en Sociología por la Universitat Oberta de Catalunya; y egresada distinguida de la UNC, en sus 400 años, por la entonces Escuela de Ciencias de la Información (hoy Facultad de Comunicación).



El FMS es una apuesta al empoderamiento de las mujeres en condiciones desfavorables, expuestas a múltiples discriminaciones.

Carmen participó desde siempre en el movimiento feminista a nivel regional. Entre 2008 y 2014 coordinó la Red Mujeres, Géneros y desarrollo con la Equidad del Colegio de las Américas. Fue fundadora y docente durante una década del Programa Regional de Formación en Género y Políticas Públicas (Prigepp) de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), dirigido por Gloria Bon-

der. Se ha desempeñado como académica de posgrado en materia de género, derechos humanos, gobernabilidad y desarrollo. Su recorrido como especialista en estas temáticas la llevaron a trabajar como consultora para el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), ONU Mujeres, la Organización de los Estados Americanos (OEA) y para diversas entidades de cooperación bilateral en género.

Los caminos de la vida la llevaron a Paraguay, donde además de participar en la creación de la Secretaría de la Mujer, también fue asesora de la Convención Nacional Constituyente de 1992, que integró transversalmente los derechos constitucionales con perspectiva de género, lo cual representó una durísima disputa en el marco del patriarcado paraguayo.

«Desde la creación de la Secretaría de la Mujer, donde fui la primera directora de Educación, y miembro del gabinete de la ministra Cristina Muñoz, participé del proceso de creación de la Convención de Belém Do Pará y en todo el proceso hacia Beijing como delegación oficial. Fui parte de la elaboración de las políticas públicas de Paraguay con relación a género tanto en los Planes de Igualdad como en la generación de leyes y otras políticas. En 1996, junto a Perla Yore, por la Multisectorial de Mujeres del Paraguay, elaboré la primera Ley de Cupo. Actualmente pertenezco al Grupo Impulsor de Paridad de ONU Mujeres. He trabajado en los tres poderes del

Estado, dentro del Ministerio de la Mujer como asesora de la Comisión de Equidad Social y Género de la Cámara de Diputados, y actualmente como directora Académica de la Corte Suprema de Justicia».

Ella es, sin duda, una activista regional. Relata que en Paraguay, por sus características conservadoras, fue doblemente valioso lograr planes de igualdad y una reforma legislativa importante. Reflexiona, apenada pero no vencida, que aún no se logra una cuota digna ni la paridad. Considera que también otros temas siguen siendo tabú en la discusión nacional, como el derecho al aborto y el matrimonio igualitario, o los derechos para las personas trans. «A nivel regional he podido participar del avance de casi todos los países de la región como consultora y todo se ha gestado desde la acción organizada de las mujeres».

En 2005, movilizada por la deteriorada salud de su madre, Carmen regresó a Córdoba. Cuidó de ella, la acompañó, pero no descuidó el compromiso autoasumido de incluir en la agenda pública y académica la necesidad de hablar de género. Relata que organizó, acompañada de una gran amiga, Patricia Cóppola, el Instituto de Estudios Comparados en Ciencias Penales y Sociales (Inecip) y la primera diplomatura en Género de la Universidad Nacional de Córdoba: la Diplomatura de Desarrollo Humano con Enfoque de Género y Derechos Humanos del Posgrado de la Facultad de Derecho. Fue entonces cuando tuvo sus primeros encuentros con las fundadoras del Fondo de Mujeres del Sur (FMS).

«También participé de los cursos, acciones del movimiento feminista y la academia en Córdoba. Dentro de esa participación tuve mis primeros contactos con las fundadoras del FMS. Me invitaron a dar varios cursos y conferencias. Y debido a que estaban pasando por un momento de cambios, me invitaron también a integrarlo. Hablamos de formar el capítulo Paraguay del Fondo de Mujeres del Sur en ese caso. Y así lo hicimos».



«Incansable» sería un adjetivo con el que se puede describir a Carmen, porque aunque volvió a Córdoba y andaba organizando diplomados y posgrados, siguió pensando en Paraguay. Recuerda que organizaron, primero, una coordinación del FMS en Paraguay, y luego sumaron una área Financiera y de Programas. «Hoy desplegamos proyectos junto al Fondo de Mujeres del Sur con sede en Córdoba, desde el Paraguay, con mujeres maquileras, indígenas, empleadas del hogar, futuras lideresas políticas con enfoque de género, y otras que están involucradas en nuestros programas».

En palabras suyas, el Fondo de Mujeres del Sur tiene el valioso potencial de buscar recursos –y encontrarlos– para las mujeres y sus proyectos de género. Lo importante es que llega a las personas y grupos de más escasos recursos, que a veces tienen

inconvenientes administrativos para gestionar la cooperación internacional por sí mismos. Celebra su existencia por el potencial enorme de movilización, empoderamiento y concreción de derechos y políticas para las mujeres en situaciones de mayor desventaja política, cultural, socioeconómica, y geográfica también.

«Por ejemplo, el apoyo a las empleadas domésticas para lograr su ley en Paraguay. El trabajo por los derechos de la diversidad en una sociedad tan conservadora como la paraguaya. El trabajo junto a mujeres indígenas defensoras ambientales, de todas las comunidades indígenas, que en Paraguay es un proyecto maravilloso y une a las mujeres de las 17 etnias y cinco lenguas que están en el país, en relación con las demás defensoras del Chaco Argentino y Boliviano. También, es importante el apoyo del FMS a las actividades del movimiento feminista en Paraguay como, por ejemplo, la conmemoración del 8 de Marzo».

Carmen Colazo decidió apostar a las mujeres, y en ese marco relata que comparte con el FMS la mirada de apoyo, la fuerza de compañeras organizadas articulando cooperación internacional para encontrar fondos para mujeres en situaciones críticas en la región y el mundo. «Es una verdadera sororidad internacional, regional y nacional, y el Fondo de Mujeres del Sur es una apuesta al empoderamiento de las mujeres en condiciones desfavorables, expuestas a múltiples discriminaciones, que es lo importante».

En medio de tantas batallas, muchas veces se pierde la esperanza. Sin embargo, Carmen se permite seguir imaginando cada vez más oportunidades que conduzcan a la igualdad. Imagina que en el futuro el FMS contará con muchos más recursos para alcanzar su objetivo estratégico, en relación solidaria con otros Fondos de la región y el mundo para seguir apostando a los derechos humanos de las mujeres y personas LGBTIQ+.

«Puedo decir que solo la acción planificada y organizada de las mujeres en sororidad por sus derechos y objetivos estratégicos será lo que favorecerá el avance de género

He podido participar del avance de casi todos los países de la región como consultora y todo se ha gestado desde la acción organizada de las mujeres.

en la región y el mundo, ya que la unión hace la fuerza y así lo está demostrando la historia. Más aún en un momento de confrontación de grupos conservadores y antiderechos como el que estamos viviendo. El avance de los derechos humanos es el indicador del avance del desarrollo de los Estados, que se mide exactamente por el avance del desarrollo humano. Los derechos de las mujeres

son derechos humanos, igual que los de personas LGBTIQ+, y por eso estamos luchando, programando, y logrando conquistas jurídicas, políticas y socioculturales».

Confiesa, por último, que se siente orgullosa de ser consejera del FMS por Paraguay, abrazada a otras consejeras que representan al feminismo de Argentina y Uruguay. Con convicción, reafirma: «La unión hace la fuerza».



Carmen Colazo es una académica y militante feminista con una importante trayectoria de trabajo por los derechos de las mujeres en Argentina y Paraguay. Es abogada, comunicadora y magíster en Sociología. Es directora de la Red Mujeres, Géneros y Desarrollo con Equidad del Colegio de las Américas de la Organización Universitaria Interamericana. También es miembro de los clústeres de expertas en Gender Mainstreaming y Evaluación del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo así como consejera del Fondo de Mujeres del Sur.

—

Noelia Díaz Esquivel (40) ejerce periodismo social con enfoque de derechos. Licenciada en Ciencias de la Comunicación, cursó la maestría en Ciencias de la Comunicación y una especialización en Políticas Sociales (Universidad Nacional de Asunción). Trabajó en televisión y fue docente en varios períodos y universidades. Fue secretaria general del Sindicato de Periodistas del Paraguay, y estuvo en la Secretaría de Género de la Federación de Periodistas de América Latina y el Caribe (Fepalc). Forma parte de la Revista Emancipa. Fue parte del lanzamiento oficial de la Ley Modelo Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Muerte Violenta de Mujeres (OEA).



LUZ AQUILANTE, DIRECTORA EJECUTIVA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

LUZ AQUILANTE, DIRECTORA EJECUTIVA DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR

«CUANDO VES LO QUE POSIBILITA EL DINERO EN TERRENO, EL ESFUERZO POR CONSEGUIRLO VALE LA PENA»

POR NATALIA FERREYRA

Cuando era adolescente, Luz se vestía de varón para llegar a salvo a la casa de una amiga a altas horas de la noche. La alerta con la que estamos acostumbradas a lidiar las mujeres en América Latina se activó a una edad muy temprana. En la escuela primaria, fue varias veces sorprendida por irse a los golpes con los varones. Le decían «marimacho» por querer jugar al fútbol y ella se defendía. Sutil, con fama de broma inocente y repleta de estereotipos, la cultura de la ciudad de Córdoba forjó –a contramano– la mirada de quien hoy ocupa el cargo de directora ejecutiva del Fondo de Mujeres del Sur (FMS).

A los 16 años era militante ambientalista, y al finalizar el colegio se fue de intercambio a Sudáfrica. «Llegué a tan solo tres años de haber finalizado el *apartheid*¹. Aterrícé en plena ebullición social y me sirvió para romper paradigmas y tomar conciencia de ciertos privilegios». A su regreso, reafirmó el interés en trabajar por un mundo más justo e igualitario y apuntó a la cooperación internacional como puente para trazar políticas de ayuda a las naciones. En la ciudad, solo existía una alternativa de formación académica, de raíz conservadora y católica. Respiró hondo y se autogestionó un programa de

1 Sistema de segregación racial de Sudáfrica. Si bien se desmanteló formalmente en 1992, se considera que su fin real comienza en 1994, año en que Nelson Mandela asumió la presidencia.

estudio alineado a sus intereses. Hoy sabe, contrario a sus expectativas iniciales, que la formación en esa universidad también contribuyó a forjar y enriquecer su mirada.

«En la Facultad conocí el mundo de las organizaciones internacionales y me resultaron atractivas. Pero no me cerraba la carrera de diplomacia. En una materia propuse estudiar a las mujeres que ocupaban puestos de poder y toma de decisiones. Ahí tuve conciencia del concepto de género y empecé a negociar con los profesores y profesoras para orientar mi formación como relacionista internacional desde esa mirada. Obviamente, lo que aprendí del movimiento feminista fue fuera de la universidad».

Con el título bajo el brazo y el deseo de conocer otras realidades, aplicó a una instancia de formación en Italia. «Vi una convocatoria en el diario para descendientes de italianos, para un programa de cooperación internacional, y me anoté. Al poco tiempo me avisaron que me iba en diez días», rememora. Terminó el curso y se quedó en Europa con el objetivo de ahorrar dinero para formarse en el Máster en Cooperación Internacional Descentralizada de Euskal Herriko Unibertsitatea, del País Vasco. Su tesis sobre organizaciones no gubernamentales abocadas a las políticas de género le abrió una puerta impensada: trabajar durante un año en una organización perteneciente a la Organización de las Naciones Unidas (ONU). En 48 horas y con 29 años optó por México como destino y desembarcó en el Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (Unifem), la raíz de lo que luego sería ONU Mujeres.

«En México viví una deconstrucción muy fuerte. Era la primera vez que participaba de un ambiente académico y político donde me sentía cómoda. Recuerdo una clase de Marcela Lagarde y aún me emociona. Lo mismo me ocurrió con Epsy Campbell que hablaba de la raza como categoría de reivindicación política; con Alda Facio y su mirada sobre cómo el derecho internacional había sido construido desde una mirada de y para los hombres. En ese tránsito de formación, con muchas mujeres, empecé a deconstruir visiones que antes me habían seducido».

Necesitamos de altruismo y de empatía para que se reconozcan nuestros derechos y los derechos de las mujeres en situación de mayor desventaja socioeconómica, política y socioambiental.

Su trabajo y experiencia en Unifem México fue un desafío importante. «La realidad era muy diferente a la que vivimos hoy en el Fondo de Mujeres del Sur. No había que realizar *fundraising*² porque se disponía del dinero, pero sí se operaba con el concepto de “Fondo”. Distribuíamos los recursos en

nueve países. Crecí y aprendí gracias al vínculo con las realidades locales. Iba a terreno, pero también me sentaba con el gobierno. Fueron tres años de trabajo muy intenso, la recuerdo como una etapa feliz».

¿Por qué regresar, entonces, al país, y a Córdoba? «En 2010 la organización decidió disolver cuatro agencias para conformar ONU Mujeres con una agenda de género. El proyecto apostaba a algo integral con Michelle Bachelet como líder. En esa transición, se fortalecería a Argentina con una oficina en Buenos Aires. Yo era argentina y se abría una gran posibilidad de regresar al país de la mano de un puesto que no era menor. Apliqué, sin estar muy convencida –estaba muy bien en México– y quedé seleccionada. Fueron cuatro años muy exigentes, en el medio fui mamá por primera vez. Fue una época de mucha intensidad y, también, adrenalina».

Respecto de la experiencia de ser madre en un contexto laboral de esa exigencia y, a la vez, de gran entusiasmo, relata: «Fue durísimo. Yo era un ser cien por ciento laboral. Apenas podía estar con Elena, mi hija. Todo giraba alrededor de ONU Mujeres: cenas de trabajo, reuniones, viajes. Pero la experiencia de maternar desde ese puesto

² Vocablo inglés que hace referencia al conjunto de acciones desarrolladas para la captación de fondos. Se puede llevar a cabo a través de la solicitud de donaciones de particulares, de empresas, de fundaciones benéficas o de agencias gubernamentales.

me generó otra revisión a nivel simbólico. Lo que yo hablaba de la boca para afuera, ahora me pasaba a mí. La doble o triple carga de trabajo, la justicia económica, la importancia de lo comunitario. Tenía una bebé recién nacida, amamantaba como podía, sacándome leche entre reunión y reunión, con agendas de minuto a minuto. Con 32 años asumí responsabilidades de mando, logré grandes resultados, pero con un gran costo. Hicimos un montón de acciones desde la oficina, trabajamos con la Corte Suprema de Justicia, con la Oficina de Violencia Doméstica y fuimos las primeras en denunciar a Marcelo Tinelli por la cosificación que hacía de los cuerpos de las mujeres en su programa. Una advertencia que, en ese momento, nadie hacía».



Maternar me generó otra revisión a nivel simbólico. Lo que yo decía de la boca para afuera, ahora me pasaba a mí. La triple carga de trabajo, la justicia económica, la importancia de lo comunitario.

Luego de cuatro años, Luz planteó la salida de ONU Mujeres. Su partida, coincidente o no –nadie puede asegurarlo– trajo la decisión por parte de la organización de cerrar la oficina. «No se priorizó al país», reflexiona Luz, al tiempo que reconoce que sin Ana Falú –directora subregional de ONU Mujeres

(2004-2009) y actual consejera del Fondo de Mujeres del Sur– la oficina nunca hubiera existido. «Ana fue quien impulsó ese proyecto. Fue un esfuerzo muy grande y sentí mucho dolor cuando se cerró, más allá de mi partida». En febrero de 2014 regresó a Córdoba, con una hija de 2 años y medio, atravesó un proceso de separación de pareja y se instaló en su ciudad natal después de diez años. El reloj había vuelto a cero.

El respiro duró apenas dos meses. En mayo ya estaba trabajando en el Consejo Provincial de la Mujer. En ese entonces, Mariela Puga, segunda directora ejecutiva del Fondo de Mujeres del Sur, la convocó para realizar una tarea de consultoría externa basada en entrevistas a mujeres que se dedicaban al trabajo doméstico. «Viajé a diferentes países del Cono Sur a realizar los encuentros. La experiencia constituyó otra reconsideración de paradigmas. Después de eso, cambié mucho la perspectiva que tenía del trabajo de las mujeres», confiesa.

Luz analiza sus trayectos laborales desde una perspectiva que va más allá del puesto en particular. Con relación al Fondo de Mujeres del Sur, los primeros aprendizajes y revoluciones que sintió, dice: «El primer trabajo como asesora externa me modificó la manera de concebir el trabajo decente, la protección social y la prostitución, por ejemplo. Confieso que, antes, era un poco abolicionista o no era consciente de esa posición. Lo veía como un tipo de violencia hacia las mujeres. Después de estar en otras realidades, en relación con mujeres trabajadoras, empaticé con el proceso que llevaron adelante para reconocerse como tales y militar una ley que las reconociera. A partir de ahí, empecé a hablar desde otro lugar, de trabajo sexual, de trabajo precarizado. Creo que antes tenía una mirada más formal, por decirlo de alguna manera».

En 2015, ingresó al Fondo de Mujeres del Sur como coordinadora de gestión. «Con Mariela hicimos un gran equipo. Estuvimos siete meses juntas. Yo me abocaba a lo organizacional y ella a la cooperación internacional. Aprendí mucho a su lado, cómo se movían los Fondos de mujeres y de qué se trataba ser “activistas del dinero” desde un enfoque feminista», asegura.

La construcción colectiva, que siempre es más lenta, tiene sus procesos, pero representa más los intereses de las comunidades y los Fondos de mujeres de diversas latitudes.

Enfoqué. En menos de un año construimos 14 políticas y tracé un plan estratégico a cinco años. Así, subimos el nivel institucional y alcanzamos proyectos que antes hubieran sido imposibles. *Liderando desde el Sur* se aprobó a fines del 2016, a menos de un año de que hubiera asumido. Eso implicó sumar más personas al equipo y aprendizajes desde el punto de vista de la gestión, colaboración y trabajo en red con los 38 Fondos de mujeres que operan a nivel global. Existieron errores y aciertos, pero lo entiendo como parte de los aprendizajes».

El ochenta por ciento del trabajo del Fondo de Mujeres del Sur es en relación con la búsqueda y administración de dinero. Esto trae consecuencias como altos niveles de competencia, estrés y cierta frialdad a la hora de negociar. Ante la pregunta de cómo se combinan estas lógicas con la filantropía feminista, si lo percibe como contradictorio, Luz no niega que, lamentablemente, hay lógicas de poder que se reproducen. «Pero somos feministas y tratamos de construir ambientes más seguros en ese sentido. Si bien hay luchas de poder atravesadas por prácticas patriarcales y estatales –la cooperación internacional nace a partir de la provisión de dinero de los Estados más ricos–, intentamos, o al menos intento, aprender de formas de construcción más colectivas. El dinero siempre es poco cuando hay tanta necesidad. Reconozco que, en mi caso, tener la bandera de la eficiencia me llevó a cometer errores en la urgencia

En los últimos años, el Fondo de Mujeres del Sur experimentó un crecimiento exponencial. Son un equipo de más de veinte personas y triplicaron los recursos económicos. «Cuando llegué éramos cinco personas y gestionábamos cuatrocientos mil dólares. El FMS funcionaba muy bien pero no tenía formalizadas políticas institucionales. Fue en lo primero que me

por conseguir fondos. Con el tiempo fui resignando esa bandera para dar lugar a la construcción colectiva, que siempre es más lenta, tiene sus procesos, pero representa más los intereses de las comunidades y los Fondos de mujeres de diversas latitudes. Y después, está la lógica del donante. Un dinero que te llega “etiquetado” y con plazos para demostrar resultados y, a veces, en territorio, los resultados no se miden en números. Tenemos que jugar con esas lógicas todo el tiempo».

«Me gustaría que manejemos mucho más presupuesto anual. No es una cuestión netamente monetaria. Cuando ves lo que posibilita ese dinero en terreno, el esfuerzo por conseguirlo, vale la pena», dice pensando en el futuro del FMS.

En 2016, a pocos meses de asumir como directora, Luz escribió en un papel una meta en el marco de un taller de planificación. Quería apostar a otro tipo de donantes, a los individuales. Sabía que era una innovación y demandaba instalar una lógica de



captación de fondos que no conocían tanto. En diciembre de 2018, el Fondo de Mujeres del Sur alcanzó ese objetivo de mil donantes gracias a un equipo sensibilizado con la causa y con el entrenamiento justo para captar la atención en la vía pública en apenas ocho segundos, y convencer de que vale la pena apoyar organizaciones del movimiento feminista.

«Necesitamos de altruismo y de empatía para que se reconozcan nuestros derechos y los derechos de las mujeres en situación de mayor desventaja socioeconómica, política y socioambiental», concluye Luz. Y agrega: «Donar es apoyar nuestra y su causa, es hacerla propia. Donar es un acto principalmente emocional».

—

Luz Aquilante es licenciada en Relaciones Internacionales de la Universidad Católica de Córdoba (Argentina) y magíster en Cooperación Internacional Descentralizada. Realizó diversos posgrados en Derecho Internacional, Derechos Humanos e Igualdad de Géneros. Fue responsable del área de monitoreo y evaluación de la oficina subregional de Unifem/ONU Mujeres para México, América Central, Cuba y República Dominicana; coordinadora de ONU Mujeres Argentina y coordinadora del Grupo Asesor de la Sociedad Civil de ONU Mujeres para América Latina y el Caribe. Fue miembro del Instituto de Formación, Capacitación e Investigación de las Mujeres (IFCIM) del Consejo Provincial de la Mujer de la Provincia de Córdoba. Es directora ejecutiva del Fondo de Mujeres del Sur.

—

Natalia Ferreyra es licenciada en Comunicación Social, escritora y realizadora audiovisual. Es docente de Literatura y Cine, dicta talleres de escritura creativa y realiza asistencias de guion y dirección en proyectos audiovisuales. Colabora como periodista independiente para diferentes medios y es parte de proyectos de incidencia pública con relación a causas feministas. Actualmente, es becaria del Fondo Nacional de las Artes para el desarrollo de una novela.

EL ESPEJO DE LA TRAMA

Detrás de toda estructura opresora, nace invariablemente una hebra, una hebra que teje, que hila despacio, con otras. Hasta que aparece una trama: viva, múltiple. Imposible no verla.

Este retrato fotográfico es un recorrido por algunas de esas tramaspreciadas que tejen los movimientos de mujeres y la diversidad a lo largo de América Latina. El derecho a la tierra, la soberanía alimentaria, el cuerpo como territorio, el derecho a decidir, a la identidad y a una vida plena y libre de violencias son algunas de sus claves. Las organizaciones que las enhebran pulsán un nuevo mundo, en el que una sociedad justa, con inclusión, sea posible.

En el trayecto, aparece el trabajo del Fondo de Mujeres del Sur, y su apuesta por fortalecer a las organizaciones. En las visitas a territorio, donde se palpan las luchas cotidianas por el acceso al agua potable, contra la incidencia de los fundamentalismos, el extractivismo; por la inclusión, el derecho a la educación sexual y al aborto legal, seguro y gratuito. En los modos de articular en espacios colectivos: el activismo, los encuentros regionales de mujeres, el impacto de los reclamos en el espacio público y la visibilización masiva en las calles de todo el continente, con un grito común y poderoso que hace temblar todas las estructuras, todos los cuerpos.

La vitalidad de las organizaciones tiene un ánimo común que las atraviesa, un deseo como potencia y como acción: el derecho a una vida digna, libre de discriminación y violencias.

La fotografía, entonces, funciona como espejo de esa trama vital.



Retrato tomado durante el pañuelazo del 19 de febrero (19F), instalado en el calendario feminista argentino como el Día de Acción Verde por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito. Córdoba, Argentina, 2020.

SOMOS ELGRITO
DE LAS QUE
YÁ NO TIENEN
VOZ

#8M





La organización Ovejas Negras, coparte del programa *Nuestros Derechos, Nuestro Orgullo*, en una reunión de trabajo junto a otros colectivos por el rechazo a la iniciativa de Reforma Constitucional. **Montevideo, Uruguay, 2019.**



Reunión anual de consejeras y equipo ejecutivo del Fondo de Mujeres del Sur. **Córdoba, Argentina, 2018.**



Visita de acompañamiento, monitoreo y evaluación a la organización de base Rebeldes del Sur, coparte del programa *Mujeres en Alta Voz*. **Bañado Sur, Asunción, Paraguay, 2019.**



Etelvina Medina. Mujer campesina, madre, defensora del medio ambiente. Es parte de la Coordinadora Departamental de Mujeres de San Pedro, coparte del programa *Fortaleciendo a las Defensoras Ambientales*. Departamento San Pedro, Paraguay, 2018.



Sésamo y chia orgánicos. Etelvina sostiene su producción en una zona de siembra de soja transgénica donde son frecuentes las fumigaciones con pesticidas. Programa Fortaleciendo a las Defensoras Ambientales. Departamento San Pedro, Paraguay, 2018.



Reunión regional de los tres distritos donde se encuentra activando la Coordinadora Departamental de Mujeres del Departamento de San Pedro, copartes del programa Fortaleciendo a las Defensoras Ambientales. Departamento San Pedro, Paraguay, 2018.



Ceremonia de la Pachamama durante el Encuentro Trinacional de Defensoras Ambientales (Bolivia, Paraguay y Argentina), copartes del programa Fortaleciendo a las Defensoras Ambientales. Salta, Argentina, 2019.



Reunión de trabajo de las lideresas Moloj Kino'jib'al Mayib' Ixoqib' (Asociación Política de Mujeres Mayas), coparte del programa *Liderando desde el Sur*. Panajachel, Guatemala, 2019.



Encuentro Trinacional de Organizaciones LTBIQ+ (Uruguay, Paraguay y Argentina), copartes del programa *Nuestros Derechos, Nuestro Orgullo*. Rosario de la Frontera, Salta, Argentina, 2019.



Encuentro anual de copartes organizado por el programa *Redes y Alianzas Libres de Violencias (Redal)*. Montevideo, Uruguay, 2018. Fotografía: Andrés Cuenca.



Inauguración del primer nodo de contención para personas trans, en el marco del Proyecto de Creación de la Red de Nodos Trans del norte argentino, impulsado por la Fundación Damas de Hierro, copartes del programa Nuestros Derechos, Nuestro Orgullo. Tilcara, Jujuy, Argentina, 2019.



Alejandra y Agustina, integrantes de la Fundación Damas de Hierro en su sede. Coparte del programa *Nuestros Derechos, Nuestro Orgullo*. Jujuy, Argentina, 2018.



Encuentro Trinacional de Organizaciones LGBTIQ+ (Uruguay, Paraguay y Argentina), copartes del programa *Nuestros Derechos, Nuestro Orgullo*. Rosario de la Frontera, Salta, Argentina, 2019.



Marcha en el 34 Encuentro Plurinacional de Mujeres, Lesbianas, Trans, Travestis y No Binaries. La Plata, Argentina, 2019.



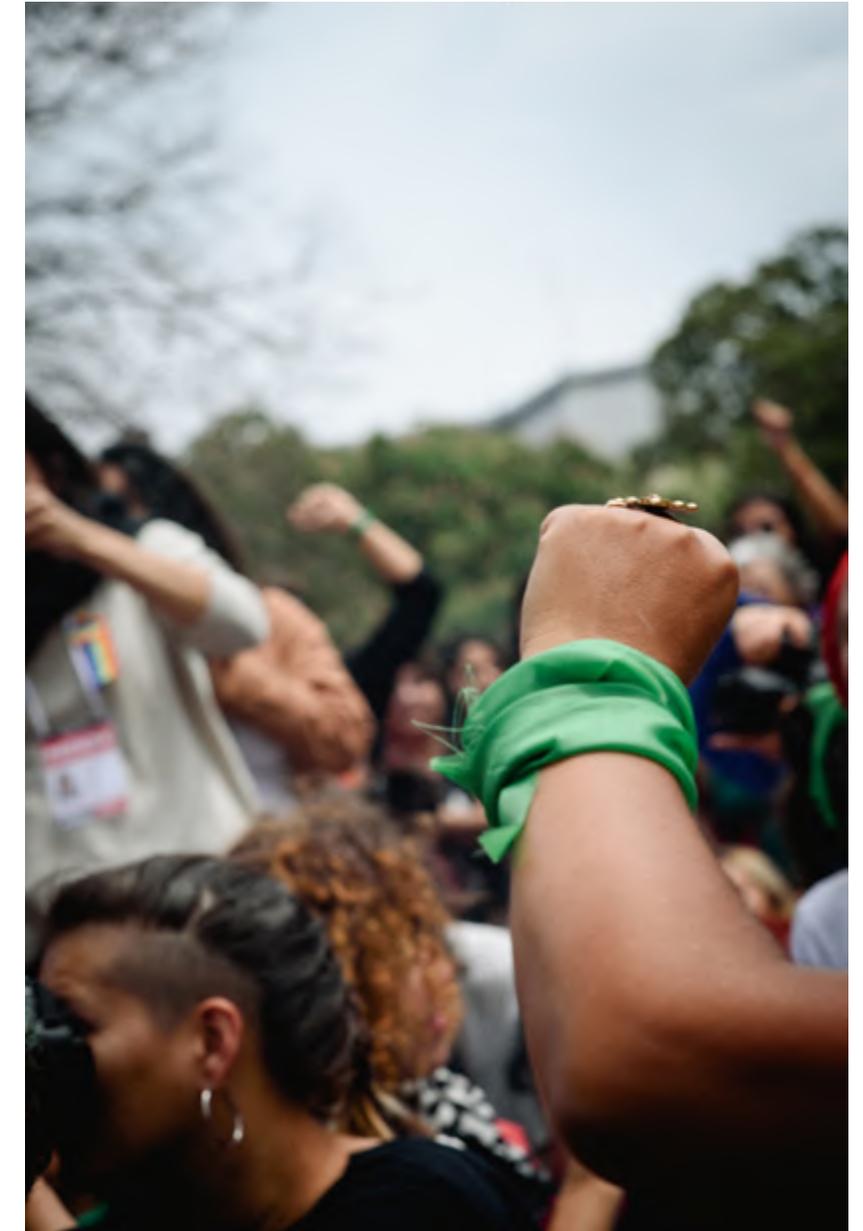
Encuentro anual de copartes del programa *Liderando desde el Sur*. Cartagena, Colombia, 2018.



Marcha en el 34 Encuentro Plurinacional de Mujeres, Lesbianas, Trans, Travestis y No Binaries. La Plata, Argentina, 2019.



Retrato tomado durante el pañuelazo del 19 de febrero (19F), instalado en el calendario feminista argentino como el Día de Acción Verde por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito. Córdoba, Argentina, 2020.



Marcha en el el 34 Encuentro Plurinacional de Mujeres, Lesbianas, Trans, Travestis y No Binaries. La Plata, Argentina, 2019.



Pañuelazo del 19 de febrero (19F), instalado en el calendario feminista argentino como el Día de Acción Verde por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito. Córdoba, Argentina, 2020.



Concentración de la marcha Ni Una Menos el 3 de junio. Córdoba, Argentina, 2019.

DESEADA O
NO SERA
LIBRES
SIN
MIEDO



AZUCENA
BARQUET

MARIA
MABEL
ALEBRANDE S

JESICA
ROMINA
FERNANDEZ

SOMOS LO
QUE JAMAS
NADIE PODRA
VENCER

TEJIENDO
LA
REVOLUCION

YO
DE CDO

MICAELA
GARCIA

NIÑAS
NO
MADRES T

FLORENCIA

MANDRA
LEGA

Centenares de cuadrados en crochet de distintos puntos del país y con múltiples consignas feministas se unieron para conformar una gran bandera verde. La acción fue convocada por el colectivo Tejiendo Feminismos durante el 34 Encuentro Plurinacional de Mujeres, Lesbianas, Trans, Travestis y No Binaries. La Plata, Argentina, 2019.

EQUIPO EJECUTIVO DEL FONDO DE MUJERES DEL SUR, 2020



LUZ AQUILANTE, directora ejecutiva



VIRGINIA BOLATTI, coordinadora institucional



LAURA LEONELLI MOREY, coordinadora de Recursos Internacionales



RAQUEL AVEIRO, coordinadora Paraguay



GABRIELA ROMANUTTI, coordinadora Uruguay



ROSA DURÉ, responsable de Administración



IVÁN MACEDA, administrador y asesor legal



NATALIA BERTICHE, administradora



ROXANA TURITICH, administradora Paraguay



SILVIA CUESTA, administradora de Proyecto



NATALIA EBERBACH, coordinadora del programa *Liderando desde el Sur*



LAURA PORRINI, especialista en Aprendizaje, Monitoreo y Evaluación



NATALIA MILISENDA, coordinadora del programa *Nuestros Derechos, Nuestro Orgullo*



MARCELA FRENCIA, coordinadora de los programas *Redes y Alianzas Libres de Violencia - REDAL* y *Vivas nos Queremos*



KELDA KELLY VERA C., responsable de Programas Paraguay



JIMENA GONZÁLEZ, coordinadora del proyecto *Activismos en Red*



JUANA DEMARCHI, coordinadora en Argentina del programa *Fortaleciendo a las Defensoras Ambientales*



LUCÍA LLOBEL, asistente de Programas



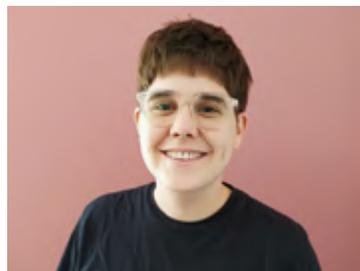
ROCÍO ALONSO, responsable de Recursos Locales



CARLA GUILLOT, agente de fidelización



ELOÍSA OLIVA, responsable de Comunicación Institucional



AGUSTINA JUAREZ, asistente de Comunicación Institucional



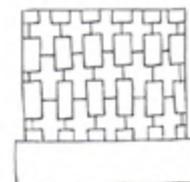
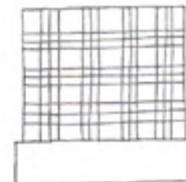
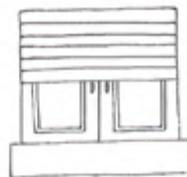
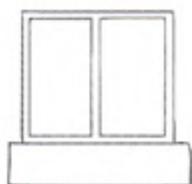
MARÍA VERÓNICA GRACIANI, asistente de Comunicación del programa *Liderando desde el Sur*



CAROLINA CAMISSASSA, diseñadora gráfica



NATALIA ROCA, producciones fotográficas



FONDO DE
MUJERES
DEL SUR



www.mujeresdelsur.org



Fondo de Mujeres del Sur



[fmujeresdelsur](https://www.instagram.com/fmujeresdelsur)



[fmujeresdelsur](https://twitter.com/fmujeresdelsur)